



CRÓNICA HISPANO-AMERICANA

POLITICA, ADMINISTRACION, CIENCIAS, LITERATURA, ARTES, AGRICULTURA COMERCIO, INDUSTRIA, ETC., ETC.

COLABORADORES: Señores Amador de los Ríos, Alarcón, Arce. Sra. Avellaneda. Sres. Asquerino, Auñón (Marqués de), Alvarez (M. de los Santos), Arnao, Ayala, Alonso (J. B.) Araquistain, Anchorena, Albuca, Ardanaz, Ariza, Antonio Guerra y Alarcón, Arrieta, Balaguer, Barait, Barzanallana (Marqués de) Becerra, Benavides, Iona, Borao, Borrego, Bueno, Breamon, Brston de los Herreros (Manuel), Biasco, Barall, Bulrago, Calvo Asensio (D. Pedro), Campoamor, Camús, Canalejas, Cabete, Cardozo, Castelar, Castro y Blanco, Canovas del Castillo, Castro y Serrano, Calavia (D. Mariano), Calvo y Martín, Cazorra, Cervino, Chesta, Colado, Cortina, Corradi, Colmeiro, Correa, Cuesta, Cueto, Sra. Coronado, Sres. Calvo Asensio (D. Gonzalo), Comenge, Cañamaque, Calcaño, Ducarreta, Diaz (José María), Diaz Perez, Duran, Dugué de Rica, Echevarria, (J. A.) Espin y Guillen, Estrada, Echegaray, Eguitas, Escosura, Estrella, Eulate, Fabié, Ferrer del Río Forandaz y Gonzalez Fernandez Guerra, Fernandez de los Ríos, Fermin, Toro, Flores, Figueroa, Figueroa, Augusto Suarez de), Garcia Gutierrez, Gustavo Baz, Gayangos, Galiste de Molina (D. Javier), Graells, Jimenez Serrano, Giron, Gomez Marin, Güel y Rente, Guelbenzu, Guerrer, Incenga, Harzenbusch, Iriarte, Janer, Jaumeandreu, Labra, Larra, Lorrañaga, Lasala, Lezama, Lucas Mallada, Lopez Guizarro, Lorenzana, Llorante, Lafuente, Macanaz, Machado y Alvarez, Mártos, Mata (D. Guillermo), Mata (D. Pedro), Mañé y Flaquer, Medina (D. Tristan), Merelo, Montesinos, Molins (Marqués de), Muñoz del Monte, Malagarriga, Ochoa, Olavarría, Olavarría y Huarte, Orcaz, Ortiz de Pinedo, Olózaga, Pompillo Gener, Palacio, Pasaron y Lastra, Pasual (D. Agustín) Perez Galdós, Perez Lirio, Pi y Margall, Poye, Reinoso, Retes, Revilla, Ríos Rosas, Rivera, Rivero, Romero Ortiz, Rodríguez y Muñoz, Rodríguez (G.), Rosa y Gonzalez, Ros de Olano, Russell, Ruiz Aquilera, Sagarminaga, Sanz Perez, Sanz, Salvador de Salvador, Salmeron, Sanromá, Selgas, Segovia, Serrano Alcazar, Selles, Tamayo, Trueba, Tubino, Talero, Ulloa, Voalera, Velez de Medrano Vega, Venturá de la), Vidart, Wilson (baronesa de), Zapata, Zobel, Zaragoza, Zorrilla, Sanjuan (D. Ramon de) Combarán y España, (D. Eugenio), A. costa (D. Juan), Ebit y Fontere, R. Ortiz y Beneyto

**PRECIO DE SUSCRICION**  
 España: 6 pesetas trimestre, 20 año.—Europa: 40 francos por año.—  
 Ultramar: 12 pesos fuertes oro por año.  
**PRECIO DE LOS ANUNCIOS**  
 España: 4 rs. línea.—Resto de Europa: 1 franco línea.—Ultramar: 4 rs.  
 Sencillos línea.—Reclamos y comunicados precios convencionales.

Madrid 13 de Abril de 1886

La suscripción en provincias se hará, como en Madrid, en las principales librerías, y directamente en nuestras oficinas, acompañando su importe en libranzas del Giro Mútuo, letras ó sellos de Comunicaciones; optando por este medio deberá hacerse bajo certificado.  
 Administración y redacción: Valverde 2, primero

SUMARIO

Revista política, por Ragner.—Revista europea, por don Emilio Castelar.—El sueño, por Nicolás Díaz y Pérez. La fiesta nacional, por S. Rueda.—Bellas artes, por José de Siles.—La España del siglo XIX, por Segismundo Moret.—Á las damas bilbainas, por Antonio Machacho Alvarez.—La Risa de la beldad, por José Peón Contreras.—La mamá y Las niñas, por Carlos Fontaura Perfiles y Siluetas, por R. Ginard de la Rosa.—Revista de Madrid, por Antonio Guerra y Alarcón.—Anuncios.

REVISTA POLÍTICA

Las elecciones.—La próxima Cámara.—Latino Coelho.—Su notable discurso en la Cámara de los Pares.—La Democracia y el arzobispo de Burdeos.

Verificadas las elecciones para diputados á Cortes, han salido en primer lugar los adictos, después los conservadores, luego los romerizquierdistas, en pos de estos los de la coalición republicana y cerrando la marcha los posibilistas y algún que otro carlista.

Este ha sido el resultado de las elecciones verificadas el 4 del actual.

Si el Parlamento que va á reunirse fuera, realmente, la representación genuina del país, expresión fiel y exacta de lo que el pueblo es y de lo que el pueblo quiere, seguramente que pocos podrían ejercer más influencia sobre el modo de ser de la sociedad española, pocos se hallarían en condiciones de hacer más bien al Estado.

Porque los momentos son difíciles. Mal repuestos todavía de las pasadas agitaciones, nada se ha hecho todavía por atender á las justos reclamaciones del país. El Sr. Salmerón,

al trazar en su último discurso el cuadro del actual estado de cosas, lo dijo con la elocuencia que le es propia: hay, por todas partes, cuestiones graves que nos salen al paso. Vienen, primero, como precursoras de todas ellas, las reformas políticas un día y otro demandadas, siempre con igual tenacidad y siempre también con idéntico negativo resultado. Y luego, siguiéndolas inmediatamente, las reformas sociales que nos solicitan, nos acosan, nos amenazan con imposiciones terribles, para el caso de que no las atendamos, relegándolas á un olvido injusto y perjudicial.

El que, pasados estos tiempos, lea la historia de los once últimos años, buscará en vano alguna huella de ellos en el bienestar del pueblo ó en el prestigio de la nación; pero, ó no encontrará ninguna ó las que encuentre, más llamará las lágrimas de vergüenza á sus ojos, que el fuego del entusiasmo á su corazón. Llevamos once años de política mezquina, estrecha, encerrada en los reducidos moldes de un personalismo irritante; once años en que la gloria de España, su prosperidad, su vida, están regladas á la conveniencia de una monarquía inoportunamente traída á nuestra patria, y á la solidez de un trono que vacila y se tambalea como agitado por la mano de un gigante, lecho de muerte, objeto de odio; once años en que para nada se cuenta con la voluntad del país libremente manifestada en los comicios, en la prensa, en la tribuna.

Durante estos once años, las quejas se han repetido, las reclamaciones se han hecho; pero toda la vida política ha estado reducida á una lucha, en muchas ocasiones repugnante, entablada y sostenida por monárquicos que ejercían el mando y monárquicos que querían ejercerle. Ni aquellos contaban con el país pa-

ra conservarle, ni estos para llegar á su conquista. Unos y otros lo pedían á un poder extraño al pueblo, y para ese poder extraño trabajaban, cuidándose sólo de agradarle, y en modo alguno de servir al país, que es á quien debían consagrarse.

Pues bien, el Parlamento futuro podía dar, por fin, satisfacción á estas necesidades urgentísimas de reformas; podía hacer que su vida no fuese inútil como la vida de los que le han precedido en estos años de restauración. Es preciso promulgar una ley electoral que de al país la parte que debe tener en su gobernación; es preciso reformar la enseñanza para ponernos al nivel de los pueblos modernos; es preciso atender las reclamaciones del Ejército, poniendo mano decidida á la resolución del problema militar, tan importante en todos los países, y más en el nuestro, donde nada se ha hecho en este sentido; es preciso que recabemos el papel que nuestra historia, y nuestro poder actual nos dan en los consejos de Europa; reorganizar nuestra Marina, para que no sean posibles atentados infames como el del archipiélago carolino; estrechar con las demás naciones europeas los lazos de concordia y amistad que deben uniros á su vida; y es preciso, sobre todo, llevar nuestras miradas á la clase obrera, pedirle cuenta de sus quejas, de sus necesidades, y mejorar su condición, y legislar sobre ellas, tan dignas de atención por lo que son, igual que por lo que sufren.

Tarea grande, sí, para llevada á cabo en poco tiempo, pero hermoso programa para realizarle con firmeza, sin vacilaciones, sin dudas, llenando, al cumplirle, sagradas obligaciones hacia la patria y hacia la humanidad. ¿Cumplirán este programa las futuras Cortes? ¡No! Aún cuando todavía no se han reuni-

do, ya puede asegurarse que ni pensarán siquiera en él.

Y es porque tienen un vicio de origen, que ha de imposibilitarlas para llevar á cabo una obra duradera y beneficiosa. Como todas las Cámaras monárquicas elegidas desde la restauración, no son representación del país, sino del gobierno que las ha elegido, y del mismo modo que países que tales elecciones permiten y toleran, los ministerios sólo gobiernan para la corona, las Cámaras sólo legislan para los ministros. Su vida, pues, será efímera, inútil, infecunda. Cuando un acto de la regia prerrogativa las disuelva para sustituirlas por otras canovistas, porque Cánovas haya vuelto á ejercer en la vida activa el papel que hoy represente en la sombra, ese día los diputados sacados hoy de la nada, volverán á la nada, de donde ahora salen, para confundirse nuevamente en la insignificancia que no hubieran debido abandonar.

Y no se acuse de pesimista nuestro juicio. Las Cámaras monárquicas carecen de iniciativa, y aún de prestigio para tenerla, que es peor; y por tanto sólo discuten y votan lo que el Gabinete que las eligió quiere que discutan y voten.

¿Y qué proyectos las presentará el gobierno?

Ayer mismo, apenas libres de los cuidados electorales, reuniéndose en consejo los ministros, y se prepararon tarea para someterla á la decisión del futuro Parlamento. ¿Trataron de aliviar las cargas del país, de aumentar sus ingresos sin gravamen para el contribuyente, de disminuir su presupuesto de gastos, de mejorar su vida por medio de tratados de comercio que abran nuevas vías de riqueza, de organizar el Ejército, de reformar la Marina?

No: convinieron en la necesidad de crear un nuevo ministerio para colocar en él al más cansado de sus amigos, al Sr. Balaguer.

¿Quién sabe si será ésta la única reforma que harán las futuras Cámaras!

\*\*\*

En la prensa portuguesa vemos el extracto de la grandilocuente oración pronunciada en la *Cámara de los Pares* en contra de la dotación de la familia real, por el más grande de los oradores políticos de aquel país, Latino Coelho.

Este insigne orador es uno—tal vez el único—de los que en Portugal no ceden á la preocupación anti-iberista; en diferentes ocasiones ha expuesto sus ideas acerca de este punto y ha sabido acallar, con la lógica de sus razonamientos y la magia de su palabra, los rumores y las protestas de los que le escuchaban.

Latino Coelho es un orador maravilloso. No solamente á los oídos portugueses, sino aún á los oídos de los que apenas conocen la lengua de Camoens, suena el portugués que sale de sus labios como lengua nueva, como idioma lleno de sonoridad y de grandeza. Salen de su boca los períodos redondos, armoniosos y bañados en la luz de brillantes metáforas é imágenes; y entre todas estas flores va oculto el dardo finisísimo que ha de herir en el pecho á su adversario.

Si no tuviera Latino Coelho, títulos sobrados para ser reputado como uno de los primeros oradores del mundo, bastaríanle para ello los dos últimos discursos pronunciados en la *Cámara de los Pares*.

\*\*\*

Con objeto de que los lectores de LA AMÉRICA puedan formar un juicio acertado de la oración parlamentaria de Latino Coelho, insertamos á continuación algunos de los párrafos más importantes.

En exordio expuso elocuentemente cuál era su situación, y declaró que al combatir el proyecto no le guiaban odios ni sentimientos mezquinos, sino el deseo de velar por los intereses del más alto de los poderes, el de la Soberanía Nacional.

«El rey, dijo, no está sobre todo como han afirmado los monárquicos. Sobre el rey, sobre el emperador sobre el Pontífice, está el pueblo. El rey es digno de respeto, pero todos los ciu-

dadanos juntos son más dignos de respeto que él.»

Esto mismo es lo que decía la fórmula aragonesa: *Nos tan buenos como vos é que juntos valemos más que vos. etc.*»

Para demostrar lo impopular, lo inoportuno y lo anticonstitucional del proyecto, el orador recordaba que la carta constitucional manda fijar la dotación del monarca y no dispone nada más acerca del aumento de ésta. La dinastía, añadió, es la síntesis de un privilegio, y la interpretación de este privilegio ha de obedecer á las reglas establecidas y no á los entusiasmos de unos cuantos monárquicos á quienes todo les parece poco tratándose de la monarquía.

Un oportuno recuerdo de los innumerables abusos cometidos por los reyes, sirvió al orador para demostrar que no debe concedérseles prerrogativa alguna que no esté consignada en la Constitución.

Al llegar á este punto, hubo de suspenderse la sesión: el orador quedó en el uso de la palabra para el siguiente día, en el cual reanudó su discurso.

Latino Coelho comenzó á hablar en medio de una gran expectación.

«No me admiraría—dijo—que un ministerio esencialmente conservador, presidido por el Sr. Fontes, quisiera restaurar el brillo de las instituciones por medio del proyecto que se discute; pero mi asombro es grande al ver que los actuales ministros han presentado ese proyecto que es una retractación absoluta de sus antiguas ideas.

Yo bien sé que el proyecto será aprobado: por eso estoy aquí más bien protestando que discutiendo. Y es, que dentro de la Cámara representamos lo contrario de lo que creemos representar: representamos la ausencia del sistema parlamentario. Es verdad que tenemos Cámaras, pero no tenemos deliberaciones. Tenemos mayorías, pero no tenemos gobiernos parlamentarios.»

Después de pintar la mala situación en que se halla el gobierno, el orador dijo:

«Si hiciera falta alguna otra prueba para demostrar cuán falto de vida está el gobierno las razones en que se funda para justificar el proyecto me la proporcionarían.

Sabido es que la Constitución no permite los suplementos de dotación. Pero el gobierno dice que le sería imposible al rey hacer las fiestas de la boda del príncipe heredero, con los recursos que tiene. Imposible ¿por qué? El que tiene una dotación anual de cuatrocientos mil duros ¿no puede casar á sus hijos sin recurrir al bolsillo de la nación? Además ¿es necesario cometer una infracción constitucional para que el casamiento tenga resonancia en toda Europa?

Estas alianzas dinásticas, tuvieron antiguamente alguna importancia: hoy no tienen ninguna; mejor dicho hace tiempo que no la tienen, según lo prueban los acontecimientos de principios de este siglo.

Como al llegar á este punto el Sr. Latino Coelho se refriese á la princesa que se vá á casar con D. Carlos y la llamase hermosa, explicó el adjetivo diciendo que según José Estéban las princesas deben siempre, dentro de la etiqueta palatina, ser hermosas. Es preciso, dijo el Sr. Latino Coelho, que tengan el sello, la señal visible de que han sido escogidas para hacer la felicidad del pueblo.

El orador declaró que por su parte deseaba las más grandes felicidades á los novios, pero á condición de que sus alegrías no causaran tristezas en el pueblo.

Esta alianza, continuó, no nos ofrece ninguna ventaja política. ¿Para qué, pues, hemos de gastar tanto dinero en celebrarla con brillantes fiestas? Léjos de ofrecernos ventajas políticas, esa alianza sólo puede servir para despertar susceptibilidades entre los republicanos franceses. Así es, que bajo ningún concepto, tienen justificación los gastos que se quieren hacer para festejar esa boda.

Ya sé yo, dice el orador, que tenéis en muy poco la opinión de los republicanos fran-

ceses; ya sé que profesáis un odio implacable á la República; pero eso no os libra de que la nación más gloriosa en los fastos de la libertad, la Francia sea una República eso no os libra de que la nación más poderosa por los descubrimientos de su inteligencia, los Estados Unidos, á cuya riquísima agricultura debemos el que no nos falte el pan, se gobiernen bajo la forma republicana. ¡Tenéis odio implacable á la República! Y no os acordáis de que la monarquía está señalada con el grillete y la República con la emancipación.

Ya sé que me llamaréis Jacobino. ¡Jacobino! ¿Hay quien se niega al aumento de dotación del príncipe? Jacobino. ¿Hay quien se niega á votar cien mil duros al rey? Jacobino. ¿Hay quien no se conforma con la intervención del rey en las crisis ministeriales? Jacobino. ¿Hay quien pide la ampliación del sufragio. Jacobino. ¿Hay quien pide reformas liberales. Jacobinísimo. Ahora pregunto ¿quien fundó la libertad en Europa? ¿Fue Luis XIV? ¿Fue Luis XV? ¿Fue Luis XVI? No. Fueron los Jacobinos, fué la revolución francesa. Fueron los jacobinos que redimieron al mundo proclamando la libertad como derecho individual y la inviolabilidad de la conciencia.

Hay quien cree—prosiguió el orador—que la suerte de Portugal depende de su dinastía y que la monarquía es la mejor garantía de la independencia de la nación. Cítase la historia como prueba de este aserto. Yo pregunto si era republicano el gobierno que nos regia cuando en 1807 fuimos invadidos por las tropas de Napoleón. No era una República, era una dinastía la que nos gobernaba. Y cuando don Juan VI nos abandonó, recomendándonos que recibiésemos con benevolencia á los invasores, fué la nación sin rey, sin autoridad, sin monarquía la que supo organizar las primeras fuerzas que salieron al encuentro de los franceses.

Han dicho los periódicos que con motivo de la boda van á visitarnos varios príncipes extranjeros, entre ellos el de Gales y los de Orleans. Aprovechando esta ocasión desearía que el ministro de Hacienda les dijera cuál era el estado de nuestro Tesoro. Que les llevara por las calles de Lisboa, y que les enseñara el palacio de Justicia y nuestros hospitales.

Latino Coelho concluyó su discurso con este brillante período:

«Si yo me encontrara en la situación del gobierno en vez de traer ese proyecto á la Cámara hubiera dicho al rey: Señor, las circunstancias porque atravesamos son malas, el Tesoro está exhausto, tenemos que aumentar los tributos y no podemos hacerlo presentando al país las cuentas de estas fiestas; el movimiento republicano, es grande, profundo, casi nacional: vea vuestra majestad quo en las últimas elecciones de Lisboa tuvimos que coligar nos todos los partidos monárquicos para impedir que la ola republicana subiese hasta el trono. Todas las revoluciones han comenzado por un sistema financiero, por los 25 reis. Crea, pues, vuestra majestad que el dinero es la fibra más sensible de los pueblos.

Y si el rey, no atendiendo á estas razones repitiese la pregunta de Luis XVI, le respondería:

—No es la revolución, pero es la iniciación del movimiento que puede destruir las instituciones.»

Así acabó este magnífico discurso. En la Cámara no se oyó un aplauso cuando terminó el orador; pero de este silencio le ha compensado el aplauso unánime que ha merecido el Sr. Latino Coelho á todos los liberales de Europa.

La lucha sostenida en España por los tradicionalistas intransigentes y los prelados que cumplen las enseñanzas pontificias, se riñe también en Francia, pero con notable ventaja de los segundos.

Sabido es que la mayor parte de éstos, obedientes á la última Enciclica reconocen y proclaman que la religión no está adscrita á ninguna forma de gobierno y lo mismo cabe bajo la monarquía que bajo la República.

Ahora bien, no ha muchos días el arzobispo de Rouen pronunció en un Congreso católico un discurso en el cual se adhería á las doctrinas conciliadoras de Leon XIII, relativas á la gobernación de los Estados.

El intransigente obispo de Angers, que trata por lo visto de eclipsar á los nuestros de Daulia y Burgo de Osma, prohibió en su diócesis la circulación de dicho discurso, motejándolo por sospechoso de liberalismo.

Quejóse el de Rouen y apeló á Roma, pero antes de que llegase el fallo había mediado monseñor Guibert, arzobispo de Paris, y declarado altamente que aprobaba el lenguaje de su colega. Supo mal la aprobación á Freppel y mostró su extrañeza; entonces monseñor Guibert insistió afirmando que eran tan sabias como discretas las consideraciones hechas por el de Rouen sobre la Encíclica, y disparó al mismo tiempo contra el de Angers este fino saetazo: «Si algún día os llegara el turno de comentar la Encíclica, es muy posible que entre los comentarios se descubriese la opinión del orador afiliado en el partido de los católicos, á quienes se califica con el epíteto de autoritarios.»

Cuando en estas contestaciones andaban los tres preladados, llegó el fallo de Roma, en un todo favorable á los de Paris y Rouen.

Freppel al saberlo se volvió contra *El Figaro* que había publicado las cartas, y tratando al periódico que presume de católico-monárquico peor que á un hereje, le dirigió, entre otras andanadas, la siguiente muestra de cristiana mansedumbre:

«*El Figaro* ha probado una vez más cuánta razón tenía yo cuando condené públicamente por carta del 1.º de Abril de 1885 ese despreciable periódico que es una de las vergüenzas de la prensa contemporánea.»

Por supuesto, *El Figaro*, que, si bien se metió á fraile harto de carne, conserva todavía algo de sus antiguas aficiones, ha contestado fieramente al iracundo obispo.

La carta (dice) del obispo de Angers recuerda por su tono la famosa misiva enviada no há mucho por Sarah Bernhardt al crítico del *Gil Blas*, Bernardo-Derosne.

Por respeto á la religion que no es responsable de las torpezas de sus ministros, no seguiremos al de Angers por el camino en que se ha metido con una falta de sangre fría muy extraña en un alto dignatario de la iglesia.

Diremos tan sólo que nos causan tan poco efecto sus censuras como á él parecen causarle las del Sumo Pontífice.»

El caso es altamente curioso, pero hay otro que lo es más todavía, el de monseñor Guibert, arzobispo de Burdeos.

A él nos referíamos al poner al frente de estas líneas el título de *Un arzobispo democrata*.

Nada hay en él de exagerado, pues, en efecto monseñor Guibert, que ya había dado pruebas de su tolerancia, y demostrado no pertenecer á la clase de obispos, sistemáticamente hostiles á toda idea de libertad, adelanto y progreso, acaba de publicar un importantísimo folleto, titulado *La Democracia y su porvenir social y religioso*, en el cual enseña á los fieles de su archidiócesis cómo la primera necesidad de los tiempos que corren es la alianza de la religion y la democracia.

Diríjese principalmente á los católicos intolerantes, á su juicio tímidos, pues persisten en desear la violencia para el triunfo de sus ideales religiosos y en aislarse de la sociedad moderna, como si la Iglesia, siendo luz, no tuviese para su defensa fuerza bastante en sí misma.

Negar la democracia, equivale, según el arzobispo bordelés, á carecer de fé, á pecar contra la ortodoxia, por exceso de ortodoxia y á ofender á Dios negándole la existencia, ó cuando menos, la legitimidad de un hecho, cuya universalidad sola bastarla para reconocer sus orígenes providenciales.

Pero mejor será que traduzcamos literalmente algunos párrafos del interesante folleto.

«El espíritu democrático, las aspiraciones

de libertad, de igualdad, de fraternidad, han penetrado en todas partes y se acentúan cada día más entre todos los pueblos civilizados, así del antiguo, como del nuevo mundo. Parece cierto, vista la rápida marcha de las cosas, que de fecha no muy distante no quedará en país alguno espacio para el despotismo. ¿Existen oy, por ventura, algún hombre de Estado que, por partidario que sea del antiguo régimen, crea posible la restauración duradera del poder absoluto, ó de un reinado como el de Luis XV?»

«Alrededor de nosotros, entre todos nuestros vecinos, en Inglaterra, en España, en Alemania, en Austria, en Bélgica, se vé avanzar el elemento democrático que por instantes se ensancha y consolida. ¿No viven los gobiernos constitucionales ó representativos, con el sufragio universal, ó con un sufragio que tiende á universalizarse por medio de incesantes reformas? Hé ahí, pues, en un mayor ó menor grado, el gobierno del pueblo por el pueblo, sea monárquico ó republicano su forma.»

«Ninguna fuerza humana podría contrarrestar esa corriente, que es providencial á nuestro juicio. Porque con los medios de propaganda, puestos al servicio de la democracia, con nuestros modernos descubrimientos científicos, nuestras industrias y nuestro comercio, que establecen íntimo contacto entre las inteligencias y los pueblos, las ideas van de prisa, como no habian ido nunca. ¿De qué modo detenerlas? Arrojadlas á los cuatro vientos del cielo por el libro y el periódico, corren sobre nuestros hilos eléctricos; son empujadas por el vapor, en nuestros ferro-cariles y buques; estallan con las bombas en todos nuestros campos de batalla. Si, tenemos la íntima convicción de que tras un período no fácil de calcular, pero que ciertamente será corto, la democracia con nuestra civilización cristiana habrá dado la vuelta al planeta para vivificar los pueblos envejecidos ó bárbaros y libertarlos de su rebajamiento y servidumbre.»

Monseñor Guibert, acepta esta expansión sin repugnancia y aún parece contemplarla con una suerte de júbilo, ríflsivo y piadoso. Vé en la democracia la realización de las Escrituras, encuentra en la divisa libertad, igualdad, fraternidad, un carácter suficientemente evangélico, y no tiene reparo en reconocer los beneficios de la revolución profunda que ha suprimido poco á poco las castas, los privilegios, las iniquidades sociales.

«En el lugar de los exorbitantes privilegios é injustas desigualdades, está hoy la igualdad para todos ante la ley como ante Dios; hállanse francas todas las carreras sin distinción de nacimiento; rige una más equitativa distribución de los favores y cargos del Estado, y la justicia mejor administrada, es más imparcial é independiente.

«En vez del absolutismo con sus arbitrariedades, tenemos la libertad, el respeto y la inviolabilidad, para nuestros derechos y para nuestras personas. La nación, dueña de sí misma, ya no es extraña á la gestión de sus intereses, antes puede ocuparse y se ocupa en ellos dándose cuenta de los sacrificios que le son reclamados.»

«Imposible, si se compara el presente con el pasado, no advertir, llenos de grata sorpresa cuanto ha mejorado en todos conceptos, la condición de las muchedumbres; mejora debida indudablemente á todos nuestros progresos sociales.»

En vista de tales declaraciones y de otras análogas que diariamente se hacen en varios países católicos, preciso es reconocer que va de vencida la intransigencia, y que el pontificado de Leon XIII dejará luminoso rastro en la historia de nuestro siglo.

RAGUER

REVISTA EUROPEA,

POR

DON EMILIO CASTELAR

Un aniversario célebre.—Ideas y pasiones que se condensan en torno de tal aniversario.—Perturbación de Lieja.—Huelgas en Decazeville.—Errores socialistas

respecto de la propiedad particular y colectiva.—Sesiones de la Cámara francesa consagradas á las huelgas.—Necesidad de iniciativa y resistencia en el Gobierno.—La cuestión de Irlanda.—Su aspecto social.—Regreso de la propiedad feudal á la vieja propiedad celta.—Planes de Gladstone.—Resistencias necesarias que ha de hallar.—El método inglés aplicado al vencimiento de esas resistencias.—El canciller Bismark y su política interior.—Precaria paz de Oriente.—Aspiraciones de Bulgaria.—Consideraciones sobre la política en España.

No se puede recordar la fecha del 18 de marzo en Europa sin recordar al mismo tiempo uno de los más célebres aniversarios históricos, la proclamación en Paris de la Comunidad revolucionaria. Desde los últimos días del pasado siglo, los sucesos de Paris aparecen, más que los sucesos de ninguna otra parte, sucesos universales ó por lo menos, europeos. ¿Quién conoce las grandes transformaciones políticas de Inglaterra, no obstante haber pasado en la mayor potencia del globo y haber traído la más alta libertad parlamentaria? Se necesita pertenecer á la estirpe de los consumados políticos para recordar en qué año se cumplió la reforma electoral de Russell; en qué año la reforma económica de Peel; en qué año las reformas eclesiásticas y sociales de Gladstone, siquier mencione todo el mundo los burgos podridos, la ley de cereales y la Iglesia de Irlanda. Pero el 4 de Agosto, en que los derechos naturales del hombre se proclamaron desde la tribuna francesa; el 14 de julio en que tomaron las turbas del pueblo armado aquella Bastilla del rey absoluto el 18 de brumario y el 2 de diciembre, la proclamación en febrero del 48 de la segunda república francesa, fugaz como una flor, y la proclamación en setiembre del 70 de la tercera y última, como el aniversario de la Comunidad revolucionaria el 18 de marzo, registrarse á una en todas las memorias, como á una quedan en todos los almanaques. El suceso de marzo representa el primer triunfo de la idea socialista y el primer gobierno demagogo habido en Europa después de las guerras labriegas en Alemania y de las insurrecciones frondistas en Francia y de las Germanías plebeyas en Valencia. La primera, la grande revolución francesa tuvo en el jacobinismo dictato real, en la Convención gobernante y en el ejército numeroso, compensaciones á la expansión obtenida por la democracia; y hubo entonces gobierno, si, gobierno fuerte. Pero una secta como el socialismo, y una fracción como los anarquistas, no lograron jamás apoderarse de ciudad que á un Estado entero equivale, hasta el 18 de marzo de 1871. Extendida por todas partes la doctrina comunista, nada más natural que sectarios supersticiosos y fanáticos intenten recordar estas fechas y pongan en aprieto á los gobiernos.

El socialismo parisiense quería una procesión al aire libre para tal fecha y como las procesiones al aire libre hallan prohibidas en las leyes francesas, el gobierno impuso cen razón la obediencia indispensable, resolviendo recurrir para ello á la fuerza bruta, si precisaba emplearla rígidamente. Lo mismo pasa en casi todas las grandes poblaciones europeas, en Londres, en Roma, en Madrid, en Bruselas, donde los individuos de las escuelas socialistas han preparado ó asambleas en los clubs ó manifestaciones en las calles para celebrar el tonante relampagueo de aquella rapidísima victoria. Y con este motivo, los conservadores de nuestra España, truenan contra la libertad de reunion, y presagian, si los Gobiernos la respetan, daños irreparables para los pueblos. La Comunidad revolucionaria no provino del derecho de reunion, antes provino de haberlo desterrado por tanto tiempo el nefasto Imperio francés. Mas proviniera de tal ó cual política lo cierto es que los hechos determinantes de tal erupción con suma dificultad volverán á repetirse. Y esa ciudad industrial ha querido resucitarla con sus millares de trabajadores, y sólo ha conseguido abortar un motín de los que dañan en primer término á quienes lo intentan y á su causa.

No volverán á repetirse los acontecimientos de la Comunidad revolucionaria, como no vuelvan á repetirse las catástrofes que los generaron y que los trajeron: guerra de irrupción descoyuntamiento de las provincias más ama-

das y más unas con el territorio nacional; sitio de París bombardeado y herido, mental desvarío de las muchedumbres probados por el bombardeo y el hambre; rota de Francia: paso del ejército extranjero solas curvas del Arco enaltecido con las largas letanias de los triunfos napoleónicos; incertidumbre y perplejidad, así entre la paz y la guerra como entre la República y la Monarquía; circunstancial aglomeración de milicianos enardecidos por tantas desgracias é inexperitos en las artes bélicas; alucinaciones comunistas generadas por veinte años de Imperio; clubs demagogos, nacidos á tan terrible temperatura intelectual y moral; desorganización completa del ejército soterrado en Metz y los Vosgos parte, y otra parte prisionero en extrañas tierras ó disuelto sobre los surcos de las irreparables derrotas: Asamblea forzada y constreñida por el destino á una paz horrible; Gobierno recién brotado de aquel caos, y sin autoridad y sin fuerza y sin prestigio; ruina universal. Sólo en circunstancias tan extraordinarias como éstas puede surgir monstruosidad tan inexplicable como la Comunidad revolucionaria. Así, los socialistas hacen cuanto pueden para ejercer una grande acción sobre las muchedumbres, y no logran ventaja ninguna, pues tocada en la experiencia su doctrina, se rompe como frágil vidrio que choca contra dura piedra. Los terribles sucesos ocurridos en Decazeville lo prueban claramente.

Una huelga general de trabajadores ha perturbado la pública tranquilidad en los distritos hulleros que por las cuencas del Aveyron se dilatan. Los dos ó tres representantes enviados á la Cámara por el socialismo se han prevalido tristemente de tal ocasión para perturbar sin riesgo las regiones de suyo alteradas, y proponer los viejos remedios tantas veces formulados en sus delirios comunistas y tenidos entre las gentes insensatas como verdadera panacea universal. Mas, dejando aparte por completo el llamar burgueses explotadores, á los elevados por economía y el ahorro á una posición desahogada, el inferir temerarios calificativos de retrógrados aun á los demócratas más comprometidos en la emancipación del pueblo, redúcense todos cuantos remedios á tales Bautistas de la redención humana se ocurren, á la reintegración en el Estado nacional de las minas, como sucedía cuando el poder absoluto llevaba la cancerosa lepra de sus realengos por casi todo el territorio yermo. En vano se demuestra matemáticamente que las Compañías no pueden aumentar el salario á los trabajadores en estas circunstancias tristísimas, sin que la ruina sobrevenga, y tras la ruina el abandono de la explotación, y tras el abandono de la explotación la pobreza para todos, lo mismo para la sociedad explotadora, tristemente reducida por la necesidad á dividendos pasivos, que para el jornalero, privado de jornal y constreñido á esperar todo, en tales trances, de la caridad y de la limosna.

Los socialistas se han empeñado en que, so pretexto de impulsar la sociedad adelante, han de sumirla en el caos, y lo conseguirían si no estuviera Dios en el cielo y la libertad en el mundo. Con el aquelarre de ideas que por las cabezas de los socialistas vuelan, confunden la propiedad minera con los caminos abiertos para el tránsito de un pueblo á otro en los campos y con las calles abiertas para el tránsito de un hogar á otro en las poblaciones, pidiendo, al resplandor de tamaño descubrimiento, una reincorporación, violenta si fuera preciso, del patrimonio minero francés al acervo común de los bienes nacionales y colectivos. En vano dicen los gobernantes, privados de innovar, según el régimen parlamentario, en las leyes, sino por el procedimiento legal, que existe una legislación dada el año 10, y precisa inevitablemente someterse á ello, pues reconociendo alguna supremacía más del gobierno sobre las minas que sobre las restantes propiedades particulares, por aquello del dominio eminentísimo del Estado, le priva de intervenciones legítimas desde que se han convertido

al usufructo de sociedades varias, dotadas con todos los derechos puestos por los códigos y declarados por los tribunales en las personas civiles.

El socialista revolucionario no entiende cosa de leyes. Para él todo se reduce á coger las columnas del templo de la propiedad y sacudirlas con esfuerzo para derruirlas con estrépito, siquiera aplasten á él y á sus hijos. El espectáculo que ofrecieron al mundo en la sesión del 14 de Marzo desacreditaría el régimen parlamentario, si no lo acreditase la imprescindible necesidad, sentida por todos los pueblos, de poseerlo y practicarlo. Allí se pronunciaron los discursos más insultantes, asestados por los que creen representar á las clases jornaleras contra los que creen representar á las clases propietarias; allí se leyeron las órdenes del día más incongruentes, sin que recayese votación formal sobre ninguna de ellas; allí se insultaron unos á otros los diputados, poniéndose de pié la derecha contra la izquierda, y la izquierda contra la derecha en guisa de gladiadores; allí no se pudo poner paz y concierto, exaltados hasta el furor los socialistas, y pesimistas los monárquicos hasta el suicidio, concluyendo la sesión sin acuerdo por fatiga del Parlamento, postrado y exhausto. Afortunadamente pasó tal sesión el sábado, y como á la Cámara le quedó para reflexionar todo el domingo, convino la mayoría republicana en votar el lunes 15 sabia orden del día ministerial, aunque aderezada con algunas vaguedades políticas; y convino la minoría monárquica en refrenar sus exacerbadas pasiones, y no conducir la oposición á extremos demagógicos y socialistas, con los cuales sólo se consigue ahora exacerbar las heridas del pueblo, lanzándolo sobre las utopías é impedir así el imperio indispensable de las leyes como el regular ejercicio del principio de autoridad y de las facultades congénitas á todo gobierno.

Pocos estadistas han tomado sobre sus hombros empresa de tal magnitud como la recogida por Gladstone al proponerse la pacificación de Irlanda, empeñada en una revolución secular contra su dominadora Inglaterra. El partido tory, tan irritado en estos momentos con el ministro reconciliador de dos potentes enemigos, facilitó el camino á la solución coligándose con los irlandeses en el periodo electoral y suspendiendo toda ley de coerción sobre regiones siempre resistentes y nunca sometidas. Al entrar los liberales en la Cámara, encontráronse con que había roto el gobierno conservador con su propia mano los instrumentos de resistencia combinados en la política precedente con las reformas de progreso. Y no pudiendo emplear la fuerza quien proclama el derecho con la grande autoridad moral de los whigs, había necesariamente de apelar á las transacciones y á los pactos con el pueblo vencido y no sojuzgado por nación tan poderosa como la que, en guisa de gigantesca serpiente marina, enrosca los anillos de su imperio en las cinco porciones del planeta. Los nuevos electores y los recién elegidos proponían un problema para Inglaterra, que se relaciona íntimamente con el problema irlandés, y es á saber: la conversión de aquella propiedad alodial proveniente de la conquista y de la guerra, en esta otra propiedad moderna, en esta propiedad individual, de que carece por desgracia el pueblo más individualista de nuestra Europa: honda transformación virtualmente contenida en todos los movimientos del progreso universal. La propiedad irlandesa, tal como se hallaba constituida en los tiempos anteriores á la irrupción sajona, se parece á la propiedad colectiva de los esclavos modernos. El *clan* significa lo mismo allá en su fondo que los *miras* rusos; un coto redondo poseído en común por tribus, cuyo jefe se denomina rey, como pudiera denominarse gerente, ó tratarse del director en una sociedad mercantil. Vienen los conquistadores, y cambian desde los tiempos de Enrique II la propiedad colectiva en propiedad feudal, es decir, lo que pertenecía por derecho á todos, en patrimonio de unos pocos.

Varias dinastías se han sucedido desde aquel remoto entonces; los Plantagenets, los Leicesters, los de York, ó Tudores, los Estuardos, los Oranges, los Hanovers sostienen esta sustitución del derecho germano al derecho celta. Y los más fuertes, los más gloriosos, los mayores, la extreman y violentan según alcanzan mayor autoridad en Inglaterra. Por un fenómeno histórico bien comprensible, los más adorables para un inglés moderno son los hombres más aborrecibles para un irlandés despojado: Isabel, Cromwell, Guillermo de Orange, los tres fundadores de la Inglaterra moderna. La usurpación se consumó; pero no han tenido un día de paz los usurpadores, ni un día de resignación los vencidos. Gladstone propone ahora una compra gigantesca de todos estos feudos por una operación de crédito que supone fabulosa cantidad para indemnizar á los señores de las tierras y repartir éstas entre los irlandeses, hasta extender y universalizar la propiedad en Irlanda por tal modo que tenga esta tierra subvertida la paz social dada por la revolución á su hermana Francia. Tras esta reforma vendrá la organización del gobierno local y de la policía, que no pueden organizarse á derechas si no toman su pauta en las condiciones sociales nuevas del pueblo irlandés. Y tras la organización de los municipios y de los cuerpos consagrados á la seguridad general, coronará tan soberbio edificio el Parlamento irlandés.

Con sólo exponer el plan en términos sumarios se dicen los obstáculos que ha de suscitar su aplicación á la rebelde realidad. Los protestantes y los sajones del Ulster, tierra por donde han entrado todas las conquistas desde las edades puramente célticas; los torys acostumbrados á una grande resistencia; los pocos, pero poderosísimos propietarios del Reino Unido: la Iglesia oficial con su cortejo de supersticiones anticatólicas y anticeltas, la grande aristocracia histórica; el partido whig no acostumbrado á tales temeridades; los radicales mismos, presa de un vértigo al borde oscuro del abismo, resisten y retroceden; pero la libertad se impondrá por el método británico, método de observación y experiencia, que no cumple de una vez, y como por milagro, los sistemas completos, sino en grado y en serie, cual cumple á nuestra condicionalidad y nos enseña con sus ejemplos y con sus leyes la sabia Naturaleza. Pero se transformará toda Europa.

Y mientras tanto, ¿qué hace allá en Varzin el hombre de hierro, á cuya merced y arbitrio está Europa hoy? Sólo piensa en dar algún órgano nuevo á su imperio militar, con detrimento así de la colectividad cual de la individualidad germanica. Un pueblo no consultado, no libre, conducido al combate como el buey al matadero para la nutrición de otros seres superiores á él que no le dan cuenta de su carne y de su sangre consumidas en canibalescos festines llamados victorias, aparecerá con todas las exterioridades magnificas y engañosas de un vasto imperio; pero sólo merece, por su decadencia moral y por su servidumbre completa, compasión, y no envidia. Si queréis ver cómo se disminuye un pueblo y se le rebaja á en términos de no tener personalidad, bastará seguir con el pensamiento la política empleada por Bismark en Alemania. Aquella fortaleza de la conciencia libre, donde se refugiaban desde los hugonotes perseguidos por el feroz ultramontanismo del siglo XVII hasta los jesuitas perseguidos por los regalistas del siglo XVIII, háse convertido en el vivero de donde mana sobre la tierra el movimiento anti semítico y donde se forjan las crueles y bárbaras leyes de Mayo, atentatorias á la razón y á la conciencia del humano espíritu. Aquel *Zolverein*, en cuya organización latía un principio de libres relaciones mercantiles entre los pueblos, háse trocado en muralla de la China, tras la cual se consagra el alemán, protegido por las restricciones de leyes prohibitivas y por los privilegios de tratados varios, á una falsificación gigantesca de todos los productos

y á una industria de menos apariencias y más fragilidad que la tan criticada por ellos industria francesa. El estancamiento universal ha reemplazado á las antiguas libertades en cuyo seno latía la vida. Las leyes draconianas se suceden unas á otras asestadas al pecho de razas y sectas, como en los peores tiempos de la historia europea y de sus abominables intolerancias. Un Estado panteísta quiere, ciego de soberbia, meter la mano dentro de vuestro bolsillo para detentar el dinero que allí se oculta, y dentro de vuestra conciencia para cortar sus alas al pensamiento que vuela por lo infinito. El gobierno de los germanos, no sabiendo qué hacer, se mete á tabernero de sus vasallos, é intenta monopolizar los alcoholes. Ninguno podrá beber una gota de aguardiente sin procurársela en las zahurdas burocráticas. Y luego, para que nada falte á esta grande obra y á este superior estadista, se han propuesto despolonizar á Polonia, descoyuntarla, deshacerla, extinguirla, quitar á sus católicos los templos y altares, á sus familias las tierras y las casas, á sus hijos todos esa lengua materna que se aprende al oído en la cuna y se identifica desde los albores de la inteligencia con el eco de la voz y con el resplandor de la mirada de nuestras madres, formando así desde la niñez como el verbo único apropiado al pensamiento y como la revelación interior del alma. ¡Qué desvarios, oh, Dios, se le ocurren al hombre cuando cree haber usurpado tan incomunicable omnipotencia!

Se ha firmado la paz en Oriente. No hay como detenerse á contemplarla para persuadirse á juzgarla de toda imposibilidad, porque la paz no se halla sólo en los hechos, se halla en los ánimos, en las voluntades, así privadas como públicas, en la conciencia. Esos contendientes han dejado pasar el armisticio, y han vuelto á la situación de guerra para convenir un paco, suscrito á la fuerza, en virtud de superiores órdenes, é invalidado en seguida por las manifestaciones más claras del espíritu interior y del propósito constante. La Servia no ha querido poner en el protocolo un restablecimiento explícito de las buenas relaciones antiguas entre dos pueblos de igual origen y sangre; le ha bastado con indicar que las armas descansan; porque se retira, pero no se conforma. Por su parte la Bulgaria, después de haber convenido en la paz con los servios, ha suscitado nueva conferencia en el Bósforo, á fin de verter alguna luz viva, sobre los oscuros convenios urdidos con Turquía entre los estremecimientos de la guerra y los mandatos de la diplomacia. El tratado informe de Berlin resulta un caos en Oriente. La Rumanía todavía no ha podido conformarse con que le quitaran Besarabia; la Servia no ha querido reconocer satisfacción alguna en las cortas extensiones de su territorio, y sueña con el antiguo suelo, donde se consumó la ruina, pero también el martirio de las gentes suyas, cuando la irrupción de los turcos; porfían las dos porciones del pueblo recién emancipado y unido con Grecia, por la posesión de Macedonia; el establecimiento de Austria en Bosnia y Herzegovina, además de sus pasos hacia Salónica, sugieren á Rusia el deseo vivo de acercarse, por su parte, y establecerse á su vez en Andrinópolis para dar el paso decisivo á Constantinopla; y mientras los filohelenos de otros tiempos se reúnen por los mares adorados de sus poetas contra Helade, reclama el inmortal helenismo, en cuyo ser y alma todos reconocemos algo nuestro, aquella Thesalia, viejo contrafuerte de su nacionalidad elevado por la naturaleza misma, como preservándola de los bárbaros, é impeliéndola manifestante á cumplir su ministerio de civilización y cultura por las islas diseminadas, como un coro de misteriosas neredidas, entre los cielos orientales de nuestra Europa y los cielos occidentales del Asia. De tal estado sólo pueden surgir quejas, y tal estado acaba de agravarse por los últimos sucesos. Ya el feliz Alejandro de Battemberg recoge las espigas encerradas en la precaria paz que ha firmado, y cuyo peor aspecto parece hoy el desabrimento peligroso con Rusia y la unión imposible con Turquía. Uno de los pu-

blicistas que más han cooperado al despertamiento de un ideal patrio en los búlgaros, sometidos á esa ignorancia compañera inseparable de la servidumbre, Zankoooff, da en el rostro al nuevo Soberano con sus complacencias serviles, y le denomina Bajá del Sultan; y como si esto no bastara, un príncipe Vogorides, semibúlgaro y semiheleno, pariente ó miembro de dinastía casi nacional, se alza como candidato á la Corona en competencia con su actual poseedor, y propone programa sumamente atractivo para todos los búlgaros: la unión de Bulgaria, Rumelia, Macedonia, para que tan grande nacionalidad eslava se dilate, cual dijo el pacto de San Estéfano y revocó el pacto de Berlin, desde las orillas del Danubio á las orillas del Egeo, siendo núcleo luminoso del cristianismo allá en los espacios centrales de la península balcánica.

Hablemos de los negocios españoles, que por múltiples concausas ocupan un primer lugar entre los asuntos europeos. La Regencia, desvaneciendo los prestigios monárquicos y dejando de la monarquía en el espacio un símbolo solamente, ha reabierto uno de los grandes periodos en que las ideas y las pasiones políticas de consuno se alzan y ensoberbecen y encrespan. Los más empedernidos reaccionarios, excepción hecha de los carlistas, reconocen á una, que la vieja institución histórica, ni guía, ni esclarece, ni defiende, ni salva, ni puede amparar por mucho tiempo, dadas sus providenciales decadencia y descomposición, á la sociedad española, propensa hoy á lo proclamación de otras instituciones, si menos sagradas en las creencias populares, más verdaderas en las realidades políticas. Quien más concede al principio monárquico en esta situación, para él angustiosa, designale un carácter de aparato externo, de imagen histórica, de poesía secular, como el que puedan tener los arrinconados blasones y signos heráldicos en las casas nobles ocupadas por familias plebeyas. Pero todos reconocen que, no compadeciéndose bien la índole nacional con género alguno de dictadura, y no entrando en ninguna probabilidad la monarquía carlista, debe acomodarse la nación, según su leal entender y sentir, al gobierno de sí misma, sacando las últimas consecuencias de los principios, al relampagueo de la guerra nacional, proclamados por las Cortes de Cádiz, en los comienzos del siglo, y que deben llegar, mucho antes de que se acabe, á su completa y natural realización. Y conviniendo todos en que sólo queda erguida sobre tantos escombros la soberanía nacional, impónese, con imposición soberana é incontrastable, la necesidad imprescindible de buscar y obtener su plenitud y su verdad en las formas que aparezcan al común sentir como adecuadas á su interior sustancia y á su perdurable vida. Estos pueblos de sangre y complexión heleno-latina, surgen siempre á los ojos de la historia, en todas las crisis sociales, con las tres características de poetas, lógicos y generalizadores. Por inspirados poseen las grandes intuiciones proféticas, por lógicos derivan las consecuencias indeclinables de las premisas asentadas, ó en la realidad ó en la idea; y como generalizadores, gustan de tener un sistema político proporcionado y completo. Dice la voz general que debe España contemporánea regirse por el dogma, negado y combatido con saña durante toda la restauración, por el dogma de la soberanía nacional; pues las gentes comienzan á decir y aseverar que tal dogma sólo tiene una forma ó una efectividad, y es la república democrática y liberal.

Pero, aquí entra la grave cuestión; ¿cómo, con qué método, por cual camino vendrá más pronto la república, y después de venida se consolidará con robustez mayor, trocándose, para bien de todos, en forma y organismo de una sociedad, como la sociedad española, que la combatiera y la rechazara tanto tiempo? Aquí entran las naturales diferencias de doctrina, de historia, de proceder, de compromisos entre las fracciones republicanas antiguas, que pueden reducirse á un símbolo y credo

común en sentir mío, si damos á los principios primero el culto religioso, que merecen y recogemos del tiempo y de las costumbres y de las tradiciones, la indispensable levadura que necesitan todos los ideales para trocarse, entrados en límites reducidos por fuerza en vida y realidad. Si atendiéramos tan solo á la imaginación y al pensamiento, y tratáramos de programas abstractos, nadie me aventajaría seguramente á mí en radicalismo individualista. El Estado, reducido á su expresión más lata y mínima; la Iglesia, proviniente, como su nombre indica, de las comuniones entre las almas y con Dios, de todo en todo libres, los códigos penales abolidos, porque basta el universal promulgado en cada conciencia humana por la voz divina; el castigo reduciéndose al desprecio de todos por el delincuente y al presidio infernal de una conciencia que se siente culpada; la opinión pública por todo tribunal y por toda coacción el propio impulso de la voluntad responsable y libérrima: nada de policía, nada de verdugos, nada de aduanas ni fronteras; la Humanidad como una sola familia, la justicia por único fin, el planeta transformado en Edén al impulso de un trabajo atractivo, y presidiendo á todo esto el ideal de la hermosura y de la bondad completas, encarnado en todos los hombres por el medio espiritual de las visiones mágicas y de los deliquios estáticos. Pero no se trata de esto ciertamente, no; trátase de realizar una prosaica república en pueblo acostumbrado á la monarquía; pueblo del cual han dispuesto como de un ganado sus reyes, en los pactos y cesiones de Bayona; pueblo, que ha tirado del serón ignominioso donde iba metido Riego á la horca, y ha visto sin protesta llegar hasta Cádiz los invasores que traían sobre sus bayonetas el pavés en que debía de nuevo sentarse la terrible y siniestra reacción realista; pueblo que ha experimentado todos los desastres de las guerras civiles por el principio maldito de sucesión y herencia; pueblo que ha sido el postrero en aceptar la libertad religiosa y en manumitir á sus siervos; pueblo á quien sus mismas altas cualidades, el amor al suelo, el orgullo por su historia, el carácter varonil y bélico, el heroísmo antiguo, el espíritu aventurero y romántico, la complexión soberana y altanera, las virtudes sobrenaturales de su familia y de su hogar, su lealtad á toda prueba, su devoción arraigadísima, hácenle más propio para las aparatosas epopeyas de una monarquía conquistadora, que para las virtudes modestas de una verdadera república.

Hay quien cree que la república solamente puede venir como vino la restauración, por medio de la fuerza, sin pararse á medir la diferencia entre las instituciones de derecho. Y como creen que sólo puede venir la república por el camino de la fuerza, imaginan el medio mejor de traerla y consolidarla después de traída, la suma de todos los elementos republicanos, por discordes y contradictorios que parezcan. Cuanto más reflexiono sobre todos estos problemas, comprendo menos que la República deba necesariamente venir por medio de la fuerza y solamente con la fuerza conservarse. El perverso ejemplo dado en Sagunto con el desconocimiento de todas las leyes y con el riesgo de disciplina y ordenanza, tienta hoy á muchos republicanos, y les hace creer en la eficacia de un crimen político análogo para traer la República. Pero un rey puede salir como aquellos infames predecesores de las monarquías modernas, que se llamaban Césares, un rey puede salir como Calígula, de la guardia palatina; como Galba, de las legiones galas; como Othon, del pretorio romano; como Vitelio, de los ejércitos acantonados en tal ó cual parte del Imperio; pero una república, derecho de todos, gobierno para todos, Estado nacido del consentimiento de todos, solamente puede originarse del voto público y sostenerse como la nación misma por el asentimiento universal. Así no importa, para traer la república, sumar las escuelas republicanas disidentes y diversas en tal número de principios, que se anulan éstos con aquéllas y aquéllas con éstos por medio de sus mutuas contradiccio-

nes opuestas; no importa sumar los republicanos que al fin constituyen, digan cuanto quieran los ilusos, una minoría en España; importa, ante todo y sobre todo, convencer á los más, sin cuyo concurso nuestra forma de Sociedad y Estado no puede realizarse, de que, al romper la monarquía, no rompemos con todo lo pasado; de que, al traer un progreso tan grande, no intentamos modificar por súbito milagro lo presente, ni desconocer sus intereses legítimos; de que, Profetas de la nueva idea, Bautistas de otra sociedad mejor, hombres de lo porvenir, no queremos llegar al término de nuestro viaje y al triunfo de nuestros principios, desconociendo la serie de minutos que constituyen el tiempo, la serie de términos precisos y evoluciones lógicas que constituyen la sociedad y la vida, con el fin de que la república se forje, como se forjan las obras imperecederas en el Universo, contando mucho con quien todo lo vivifica y todo lo mantiene, con el espíritu social. Por consecuencia, lo necesario es que piensen los republicanos cómo para fundar la república, deben principalmente contar con el pueblo español y con el sufragio universal, disponiéndose á las concesiones exigidas por el estado de la cultura y de la opinión, espíritu público, concesiones compatibles con la esencialidad y la consustancialidad de nuestros fundamentales principios. Una república viene á destruir los privilegios de cuna y no puede pactar con aristocracias de abolengo, pero no viene á destruir la Iglesia, coexiste con todas las repúblicas del mundo; no viene á destruir el ejército, que todas las repúblicas sin excepción tienen y necesitan; no viene á destruir la propiedad, como hacen los despotas del Norte, sino á consolidarla, no viene á destruir la unidad de nuestra patria, sino á robustecerla y á salvarla. La unión de todos los republicanos, mientras no estén acordes en tal programa común, lejos de adelantar la república, retrasaría por mucho tiempo; y lejos de robustecer unas fracciones con el apoyo y el concurso de otras, las debilitaría indudablemente por igual á todas. Un programa práctico y de gobierno, universalmente aceptado, es lo único por hoy que podría salvarnos y traer á la vida el ideal por todos adorado.

## EL SUEÑO

(DE MR. FRIEDRICH).

Sólo duerme lo que vive y siente; sólo el hombre y el animal; por cuanto el sueño es vivir. ¿Acaso podemos decir que duermen los billones de celdillas germinales, esporos, huevos y semillas, que hace siglos y miles de años que están descansando sin desarrollarse en el aire, en el agua, y debajo de la superficie de la tierra? ¿Podemos decir que está durmiendo la cebolla que, desde miles de años, tiene la mómia en la mano? Todo estado no desarrollado, que no ha venido á pasar la vida cabal, no es sueño, por más que se le parezca.

No diremos de una piedra que esté durmiendo; crece, es verdad, pero no hay vida en ella, y por lo mismo no es capaz de descanso. «La piedra no respira, por más que la dé el sol, dice Heine; no duerme por más que esté quieta desde miles de años.»

Verdad es que encontramos en algunas plantas fenómenos análogos á los del sueño; y de ahí el llamar este fenómeno sueño de las plantas. Varias flores cierran sus hojas á distintas horas del día, y algunas especies de árboles encogen de noche sus hojas, y el tiempo de este dormir de las flores es muy diverso é independiente de las horas del día y de la noche. Linneo compuso de tales plantas capaces de sueño, el reloj de Flora, que indica las horas por medio de abrirse y cerrarse de las mismas flores.

Que el sueño de las plantas no es sueño real, despréndese del hecho de no ser súbito, como el de los animales, sino antes bien gradual. La vida de las plantas capaces de sueño es un cambio constante entre el dormirse y el despertarse. Pasan doce horas; antes no cae la

flor en un sueño completo, y otras doce horas antes no está completamente despierta.

En algunas flores, depende la completa despertada de los rayos del sol y del cielo sereno, puesto que no se abren cuando está nublado ó llueve; otras, como la sensitiva (*Mimosa pudica*), se encierra en una luz escasa en los eclipses solares, pero otras hay al parecer completamente independientes del sol, como ciertas flores del polo Norte, que se abren y cierran con regularidad aunque no se pone el sol. Cuanto más jóvenes y robustas son las flores y las hojas, con tanta mayor facilidad se verifica en ellas esto que llamamos dormirse y despertarse. Hasta la luz artificial produce, según los experimentos de Decandolle, el mismo efecto en las plantas que la luz solar, y tampoco puede decirse de la luna que carezca enteramente de influencia. Es muy reparable también que el color de las flores tiene su significado respecto del presentarse y del cesar el sueño de las mismas y viceversa. Así es como las más de las flores vespertinas y nocturnas están pintadas de blanco, al paso que lo está de amarillo las más de las diurnas y matutinas.

Entre los animales se nos presentan asimismo algunos fenómenos, que pudiéramos confundir á primera vista con el sueño. Tal es el estado de las ninfas y de las crisálidas de los insectos, el envaramiento de muchos gusanos y reptiles en invierno, el sueño invernal de la marmota, del tejón, del hamster y del oso. En este artículo sólo nos hemos propuesto hablar del sueño real y verdadero, y con preferencia del del hombre, ya que el sueño de los animales es en sus fenómenos esenciales igual al de nuestra especie.

El sueño del hombre es el retraimiento de la conciencia y del libre albedrío de toda referencia y relación exterior para ensimismarse en la propia vida íntima. Los sentidos que, en el estado de vela, enlazan y establecen la unión de la conciencia y voluntad humana con el mundo externo, esto es, los fenómenos externos, están privados por el sueño casi enteramente de su actividad.

Verdad es que no están muertos; puesto que en tal caso, nadie podría ser despertado por un ruido, por un olor penetrante, por una luz viva y repentina, ni por el contacto; pero, con todo, no llevan á la conciencia, durante el sueño, ningún fenómeno, y si lo verifican, lo hacen de un modo parcial y defectuoso. Los sentidos apartan al hombre, con el sueño, casi completamente de toda relación externa, está aquel entonces limitado á sí mismo; sólo es hombre como lo es el desválido infante.

El cerebro y la médula espinal y todos los nervios que de ellos dependen, y por consiguiente, ante todos los nervios de los sentidos, caen, con el sueño, en un estado de reposo y de inactividad parcial, al paso que los nervios ganglionares, que son una condición del cuerpo orgánico, é intervienen en la respiración, en la circulación de la sangre y en nutrición, siguen en actividad no interrumpida. Aun más, su actividad, durante el sueño, acrecienta, por cuanto, estando menos desordenados por influencias externas, obran con mayor fuerza, y de todos modos más tranquila y arregladamente.

A menudo, y sobre todo en cuerpos sanos, se presenta, poco antes de dormirse, una convulsión violenta é involuntaria de algun miembro por un instante se vé uno como arrancado por aquel sacudimiento del estado medio dormido, pero pronto se apodera del cuerpo un sueño más profundo y tranquilo. Esta convulsión nace de la preponderancia que adquiere el sistema ganglionar sobre los nervios del cerebro y de la médula espinal.

No es el sueño un fenómeno que acometa al hombre desde fuera, sino que pertenece á las necesidades más esenciales del cuerpo, que salen y nacen del mismo. Cuando tenemos hambre ó sed, para satisfacer necesidad, tenemos que introducir algún cuerpo extraño en el cuerpo, por cuanto se ha declarado en él una falta que no puede satisfacer por sí mismo. No sucede lo mismo con el cansancio. No se ha

declarado ninguna falta en el cuerpo, como no sea la necesidad apremiante del sueño, que pueda remediarse por la agregación de alguna cosa externa, sino que se ven desordenadas la uniformidad y la armonía de las fuerzas y de las funciones.

Pero el equilibrio sólo puede ser llevado á cabo por el mismo cuerpo. Con la vela y las varias influencias y penalidades del día, están demasiadamente excitadas, cansadas y gastadas ciertas fuerzas y ciertos nervios, al paso que otras han descansado, ó hasta se ven contenidas para obrar con libertad. Aquellas necesitan descanso, éstas están pidiendo actividad para restablecer el equilibrio del todo.

Lo propio viene á suceder cuando estamos cansados de andar. Los músculos flexores de las piernas han sido demasiadamente esforzados, al paso que los opuestos, los músculos extensores, han trabajado poco. De ahí es que el remedio más acertado y expedito, en este caso, es el echarnos, con lo cual, tendiendo las piernas, ponemos en actividad los músculos extensores. Entonces descansan los músculos flexores, y con la actividad de los músculos opuestos, adquieren nueva fuerza y vigor.

El cerrárenos los ojos de cansados, sobre todo cuando hemos esforzado mucho la vista, procede de que los músculos de los párpados, que sirven para mantener los ojos abiertos, han estado activos demasiado tiempo, y por consiguiente, están relajados. Los músculos contrapuestos, esto es, los constrictores, están pidiendo hacer algo, y con su actividad se renueva la fuerza de los primeros.

Así se conserva el cuerpo por los contrastes que en el mismo existen; pues no se gastan estos mutuamente, puesto que no contienen elementos extraños ni enemigos, perteneciendo, como pertenecen, á un todo, esto es, á un organismo. Ellos son una condición de fuerza y de vigor que se engendran recíprocamente, bien así como el cambio alternado, no desmedido, de gozo y de dolor, conserva al ánimo la frescura de la juventud.

El gozo es para el hombre el rocío restaurador y vivificante; y «la inquietud y la desdicha,» dice Benzel Hernau, «de son tan necesarios al hombre, como la sal y las tormentas al mar.»

Cae, pues, el sueño sobre el cuerpo como el igualador de las fuerzas y actividades aisladas; es el reconciliador entre los diversos contrastes del hombre, así por lo que respecta al cuerpo como por lo que respecta al espíritu. Con propiedad llama Cicerón al sueño «adormecedor de cuitas, refugio de cansados y afligidos.» Todos los cuidados y las penalidades del día, que tan fuertemente excitan y conmueven á veces el espíritu y el corazón, caen en el olvido con el sueño. El cuerpo, rendido por el trabajo del día, recobra sus fuerzas; los músculos relajados adquieren nueva elasticidad, y cual si acabase de nacer, despierta el hombre vigoroso y fuerte, por la mañana, después del sueño. Todas las funciones del cuerpo vuelven á equilibrarse con el descanso y la actividad durante el sueño.

No siempre nos despierta el hablar alto y recio; pero tan pronto como nos llaman en voz queda por nuestro nombre, despertamos, pues para nuestro nombre está siempre despierta nuestra atención aun durante el sueño. En el sueño estamos separados y retraídos del mundo externo, é indiferentes para lo que en él ocurre; todas nuestras fuerzas y actividades están concentradas en nosotros mismos. Por esto nos despierta mucho menos el hablar recio que el llamarnos por nuestro nombre, por cuanto éste nos interesa especialmente, y las há con nuestra vida y sus intereses.

También durante el sueño conservamos viva atención á lo que en vela excitó nuestro interés más íntimo. Una madre, que quizás ha estado velando algunas noches seguidas á su hijo en la cuna, podrá seguir durmiendo tranquila en medio del mayor ruido; pero bastará para despertarla sobresaltada el menor grito de su hijo, pues para eso su oído siempre atento; á esto se dirige su atención constantemente, aun durante el sueño.

Cuando queremos emprender un viaje muy de mañana, ó empezar una tarea y hacernos llamar á una hora determinada, tampoco nos abandona, en el sueño, la atención dirigida á este deseo; dormimos, sí, pero dormimos aguardando siempre que nos despierten, y aunque no nos despertemos á la hora determinada, basta que nos llamen muy quedo para despertarnos.

Al sueño ligero que tienen alguna personas puede depender de varias causas. El que ha consumido sus fuerzas trabajando de firme todo el día, dormirá más fuerte y profundamente que el que ahorró sus fuerzas en nodadas, ó durmió la siesta á buena cuenta. También depende la mayor ó menor susceptibilidad del sueño de la debilidad ó de la fuerza de los nervios, así como del hábito, de la voluntad y del ejercicio. Una voluntad enérgica se manifiesta asimismo en el sueño.

Cuando de veras nos proponemos despertarnos una hora determinada, por maravilla dejamos de verificarlo. Los pueblos salvajes, que dan á sus sentidos una finura asombrosa, tienen también el sueño muy ligero. Las personas medrosas, que se acuestan con pensamientos inquietos, despiertan al rnor más leve, porque están temiendo duendes ó ladrones, ó lo que les sugiere su exaltada fantasía.

Es también muy particular la influencia que ejercen en el sueño, por un lado, la alegría el dolor y la tristeza, y por otro, la esperanza, el miedo y el temor. Lo que es la alegría y el dolor, se duermen pronto, á pesar de la excitación que provocan en el ánimo; por cuanto ya hay de suyo algo adormecedor en la sensación, igual y monótona siempre, los pensamientos se clavan constantemente en un mismo punto, y aun cuando por acaso se desvían, vuelven luego á él con redoblada tenacidad.

No sucede lo mismo con la esperanza, el miedo y el temor. No tenemos entonces delante objeto alguno determinado; la fantasía va volando sin freno de acá para acullá, crea imágenes, las está viendo, y las sigue sin tregua. En este caso, basta un leve rumor para ahuyentar el sueño durante horas enteras, y la fantasía no se cansa de crear las imágenes más espantosas. El corazón late más récto y más inquieto; el sudor de la angustia nos enfría la frente, y pasa un buen rato, pues antes no puede el sueño, valiéndose de todo su poder, arrancarnos á tales imágenes, que suelen continuar también en sueños.

Nadie hasta ahora ha podido reconocer el momento en que nos invade el sueño, y esto que ha habido muchos que lo han probado, y que han clavado toda su atención en el instante en que les invadía el sueño. Al principio se aventura el sueño, como espantoso, pero por grados se nos acerca más y más. Le vemos venir; todavía está nuestra atención clavada en él: pero cuanto más se nos acerca, más desaparece aquella; por fin nos rendimos, y, cuando nos despertamos por la mañana del día siguiente, encontramos que otra vez nos ha sorprendido el sueño, como siempre lo hará y debe hacerlo, por lo mismo que es sueño.

También en medio de las actividades corporales, y hasta en las intelectuales, sorprende el sueño al hombre, tan súbitamente, que la actividad en que estaba empeñado va continuando todavía un breve rato, aun en el sueño. Veamos lo que le pasa á aquella hilandera, que se está muriendo de sueño en medio de su pobre afán. Por más que se esfuerce en ahuyentarlo, cierra al principio los ojos sin quererlo, rechina la cabeza, la que se cae más y más sobre el pecho; pero el pié empuja todavía la rueda, la mano convulsa é incierta va tirando todavía la hebra, aunque deje de tenerla en los dedos, hasta que por fin descansa la cabeza sobre el pecho, y las manos sobre el regazo, ó hasta que la voz del alma ahuyenta al huésped en mal hora llegado.

El abstenerse enteramente de dormir es un conato tan necio como vano. Verdad es que con una voluntad enérgica, podemos aventar el sueño durante algún tiempo; pero cuanto más tiempo pasamos resistiéndole, tanto ma-

yor se vuelve la necesidad, y más débil nuestra voluntad, que, en medio de los dolores más atroces se abstenga de comer, puesto que, para llevar algo á la boca hay que alargar el brazo y la mano. Pero nadie puede matarse absteniéndose voluntariamente del sueño, por cuanto se desploma este con tanta omnipotencia sobre el hombre como la muerte.

La muerte por falta forzada de sueño, es la muerte más espantos que cabe imaginar; y á los turcos y chinos pertenece el triste mérito de haber inventado este bárbaro suplicio. Aun ahora mismo se impone esta pena á algunos criminales. Pero oigamos lo que sobre este suplicio dice una revista inglesa.

Un comerciante chino que había muerto á su mujer, fué condenado á morir por falta de sueño. Encerráronle en la cárcel de Amoy bajo la vigilancia de tres guardias, que debían, relevándose, impedir al desgraciado por todos los medios posibles entregarse al sueño. Hasta el octavo día fueron tolerables los padecimientos: pero ya más adelante fueron atroces, de modo que el desventurado pedía como una merced que le estrangulasen. Con tenazas rojas se le sacudió últimamente el sueño, perdió los sentidos y entró el delirio pero el infeliz vivió hasta diez y nueve días, sin haber dormido ni un solo instante. ¡Siempre se ha mostrado rica la inventiva del hombre para martirizar á sus semejantes!

Los animales toman, cuando duermen, al igual de las más de las plantas capaces de sueño, la postura que tenía en estado de embrión. El hombre toma la posición en la que está más cómodo y que presenta al cuerpo el mejor punto de apoyo. Cuando está sentado, reclina la cabeza sobre el pecho, la espina dorsal se encorva un poco, y se caen los brazos, ó bien descansan sobre el regazo. Hállanse en inactividad todos los músculos que, en estado de vela, mantenían tirantes el cuerpo y los miembros.

Al adulto, en estado de salud, le bastan de seis á siete horas de sueño. Las mujeres, que tienen los nervios más irritables, necesitan dormir más que los hombres. Cuanto menos desarrollado y crecido está el cuerpo, más horas de descanso necesita, porque el sueño favorece las funciones de la vida. Los ancianos, en quienes es escasa la actividad de las funciones vitales, suelen dormir pocas horas.

En verano, en los días bochornosos y en las noches calurosas, estamos más propensos al sueño que en invierno, cuyo frescor pone los músculos tirantes, y anima y acelera el cambio de materia; pues el calor abate así el espíritu como el cuerpo. Por esto duermen los meridionales más que los habitantes de los países fríos. En España é Italia se suele dormir la siesta.

La noche es el tiempo más natural para dormir, más no su medida; pues en tal caso, los habitantes del Norte dormirían en invierno como marmotas, al paso que los que moran cerca de los polos pasarían en verano semanas enteras en vela, puesto que semanas enteras está el sol, en dicha estación, sobre su horizonte. La mejor regla es la necesidad moderada del cuerpo.

Es de todo punto indiferente que nos acostemos tarde y nos levantemos tarde, ó viceversa; por cuanto todo depende del hábito. Muchas personas, y hasta algunos médicos censuran el que las gentes se retiren tarde y trabajen hasta deshora de la noche, como cosa muy perjudicial para la salud. En este caso, los habitantes de las ciudades populosas, como Londres y París, deberían estar generalmente caquéticos. La verdad es que en esto, como en otras muchas cosas, todo depende del hábito, el cual suele dejar venturosos muchos refranes.

«Más valen dos horas de sueño antes de media noche que cuatro despues,» dice otro refrán; pero sobre esto hay que tener presente que en las primeras horas de sueño, es siempre el mismo más profundo y restaurador, ora caigan antes, ora caigan después de media noche. Muchísimos hombres doctos trabajan hasta muy entrada la noche, porque, separados

entonces del mundo externo, pueden, con menos embarazo, entregarse á sus meditaciones. Las enfermedades de que adolecen tantas personas doctas no deben, empero, atribuirse á su costumbre de acostarse tarde, sino antes bien á grandes esfuerzos intelectuales, á falta de movimiento, y por consiguiente, á una digestión defectuosa y á pesadez abdominal.

De noche es cuando mejor pueden trabajar los más de los hombres. La fantasía está llena entonces de imágenes, hijas de las impresiones del día, y los pensamientos se destacan más fácilmente, y se remontan más alto. Las más de las poesías de Schiller, se conoce por su alto vuelo rítmico, fueron compuestas después de media noche. Por la mañana son los pensamientos, por lo general más lentos, bien que la fuerza del pensar es más penetrante y profunda. La fantasía es menos activa, pues á no ser así, debería sentir aún los últimos ecos de los sueños nocturnos. Si fuésemos amigos de contrastes, pudiéramos decir: para el poeta la noche; para el matemático la mañana.

El comer poco antes de acostarse, es malo, porque el sueño desordena la digestión, y la digestión desordena el sueño. Deberíamos cenar tres horas antes de acostarnos para dar lugar á que estuviesen terminadas las principales funciones de la digestión. Es preciso evitar, antes de acostarse, todo manjar y bebida que irrite los nervios, como especias, café, té, etc. Los manjares más propios para la cena son los de fácil digestión, como sopa, leche; tostadas con mantecas, etc.

Las buenas noches que nos damos, cuando de noche nos separamos unos de otros, nos ha parecido siempre un saludo muy propio y hermoso; pues el sueño viene á ser el fénix de nuestra vida, y nunca necesita más el hombre un deseo benévolo que cuando se entrega al sueño, durante, el cual vacé inerte, pero en manos siempre de la Providencia.

NICOLÁS DÍAZ Y PÉREZ

## LA FIESTA NACIONAL

Fiesta del día, los toros; punto de cita, la plaza; en el encierro, seis fieras, y en el cartel tres espadas.

Las dos. Ansioso á la calle se lanza Madrid entero, y hay por doquiera bullicio, y algazara y movimiento.

La vena del entusiasmo estalla en todos los pechos, y en las olas de patriotismo sube á inflamar el cerebro. Castilla ardiendo de gozo renueva gustos añejos; y puesto el pié en el estribo para subir al asiento, «¡España!» canta en sus coplas, «¡España!» dicen los ecos, y escucha la muchedumbre «¡España!» «¡España!» en el viento.

Aún llega á Fornos la gente en bullicioso hervidero, y aún billetes aguardando hay una cola de ciento, y ya los ómnibus cruzan retumbando sobre el suelo, desempedrando las calles y vacilando de llenos. Sobre inmensa corriente, vierten lluvia de reflejos las chispas abriantadas en flores, randas y flecos; llenando viejos simones, y cada cual en su puesto, van á la plaza asturianos, andaluces y gallegos; al coro alegre mezclando los populares acentos, marchan también catalanes, y murcianos, y extremeños; atronantes cascabeles mueven extraño concierto,

y cortan la luz las ruedas  
en repentinos destellos;  
entre tumbos y entre risas,  
hacia el circo marcha el pueblo;  
y formando torbellino  
el gritar del vocinglero,  
y el denuedo del borracho,  
y la broma, y el requiebro,  
rueda la gran catarata  
con su zumbido siniestro,  
su brillante vestidura  
y sus escamas de fuego.  
¡Viva la fiesta española,  
y el andaluz instrumento,  
y la calada mantilla,  
y el afelpado sombrero!

Luciendo en los fuertes tiros  
borlas y lazos diversos,  
aceleradas las mulas  
corren del látigo al trueno;  
atestados los tranvías,  
sobre las cintas de hierro  
mueven las ruedas veloces  
resbalando por el suelo;  
van en pintada calesa,  
puestos con gracia los cuerpos,  
lujosamente adornados,  
la chula con el flamenco;  
ensordecen los oídos  
la cháchara del pilluelo,  
el batir de los herrajes  
y el fragor de los acentos,  
todo gira, corre y salta;  
y de pronto, con denuedo,  
de un coche dos combatientes  
furiosos bajan al suelo,  
y forman, mientras acuden  
los guardias á detenerlos,  
granizada de moquetes,  
machacamiento de huesos,  
aluvión de testarazos  
y molienda de pellejos.

Allá va el pueblo anhelante,  
allá va al circo, sediento,  
que es la tarde de jarana,  
y es la fiesta de lo bueno.

Cubren las anchas aceras,  
formando confuso estruendo,  
gentes y gentes que bullen  
en incesante hormiguero;  
un heraldo al Rey anuncia,  
y detrás pasa el Rey mismo,  
y caballos, y jinetes,  
y uniformes y reflejos;  
profusión de carruajes  
la carrera va cubriendo  
y uno vuelca y otros giran,  
y otros vuelven á su puesto;  
en tropel la gente avanza,  
y en su mezcla hay tal aspecto,  
y en sus tipos y figuras  
tal ambiente madrileño,  
que parece que resbalan  
confundidos entre el pueblo,  
los borrachos de Velázquez,  
los vagabundos de Ortego,  
las mujeres de Fortuny  
y de Goya los chisperos.

¡Pero, atención! que imponente  
se alza la plaza á lo lejos,  
y el sol vuelca en su corona  
rojizo y brillante incendio.  
Se alzan las puertas pesadas  
sobre los firmes cimientos  
que soportan de los muros  
el anillo gigantesco,  
y cien arcos vigorosos  
van, en orlas, recorriendo  
como calados encajes  
los paredones soberbios;  
en el ancho frontispicio  
de labrados arabescos,  
puerta anchurosa se extiende  
que sirve de paso al centro;  
y encima, como diadema  
del fuerte titán inmenso,  
mil gallardetes ondulan,  
que flotantes y ligeros,  
como látigos del aire

los cruje y los riza el viento.

Con sus movibles cabezas  
y sus gritos turbulentos,  
sobre las gradas sentada  
la multitud zumba dentro;  
gruesos torrentes de luces  
se despeñan sobre el ruedo,  
y todas las manos mueven  
abanicos y pañuelos;  
estalla allí una pendencia;  
resuena allá un vituperio;  
á un palco llega una dama  
vestida en traje torero;  
muévase ronco tumulto,  
llega el rey; lo aclamó el pueblo;  
la marcha de *Pan y toros*  
trueno del circo á un extremo;  
ya va á salir la cuadrilla;  
La puerta gira: ¡¡Silencio!!

De tres en tres colocados;  
en los capotes envueltos;  
de los pliegues oprimidos  
libres los brazos derechos;  
las monteras en las sienes  
y los pies en movimiento,  
detrás de los alguaciles,  
que comienzan el despejo,  
primero van los espadas,  
después los banderilleros,  
siguiendo los picadores  
sobre caballos entecos,  
y mozos, tiros y mulas  
ponen remate al cortejo.

Al avanzar, un aplauso  
que remeda el són del trueno,  
en toda la plaza rompe  
y se prolonga rugiendo.  
Camina el tropel vistoso,  
y á su alegre movimiento  
arde la luz en los trajes  
en vivo chisporroteo;  
junto al estribo parados  
al rey saludan los diestros;  
truecan las capas brillantes  
por los capotes de juego;  
los picadores ocupan  
junto á la valla sus puestos;  
pide un alguacil la llave;  
á escape atraviesa el ruedo,  
y tras sonar de clarines  
adelanta el cornupeto,  
que bufá, extiende la cola  
¡y arranca cortando el viento!

A su feroz embestida,  
caballo, pica y torero,  
entre mil exclamaciones  
rodando miden el suelo;  
á otro jinete se lanza  
el fiero bruto mugiendo,  
y hace botar en la arena  
al caballo descompuesto;  
al tercer firme jinete  
se abalanza con denuedo,  
y arroja contra el estribo  
á caballo y caballero;  
pasa la fiera bufando  
á escape por todo el ruedo,  
y escunde tras de la valla  
mozos, capas y toreros;  
«¡caballos!» el pueblo pide;  
«¡caballos!» prorrumpa el pueblo;  
suenan cencerros y pitos;  
vuelan naranjas al suelo,  
y tras gigante barullo  
tres jacos salen de nuevo,  
con tres vendas colocadas  
en los tres ojos derechos.

Parados contra el estribo,  
del toro al empuje horrendo,  
la débil bestia que monta  
suelta el jinete primero;  
destrozada la segunda,  
sin silla, rienda, ni freno,  
revuelta en su propia sangre  
el circo cruza corriendo;  
vacilando la tercera,  
mientras desplómase al suelo,  
en rojos caños la vida  
desemboca por el pecho;  
de nuevo el bullicio estalla,

de nuevo rompe el estruendo,  
«¡caballos!» pide el tumulto,  
van en tropel los toreros,  
y adelantan los jinetes  
nuevos caballos trayendo  
entre gritos de entusiasmo  
y aclamaciones del pueblo.

No bien cruzando la arena  
se colocan en sus puestos,  
por séptima vez el toro  
arranca osado y derecho.  
Clava entonces la garrocha  
el jinete con denuedo,  
y de la bestia irritada  
resiste el golpe tremendo;  
redobla su esfuerzo el bruto,  
su rabia esfuerza el torero,  
lanza el uno resoplidos,  
estira el otro los miembros,  
y al retroceder vencida  
la torva bestia mugiendo,  
mientras el suelo se alfombra  
de tabacos y sombreros,  
¡la moña de raso y oro  
le arranca con firme pecho!

Terminan los picadores,  
y rasga entonces el viento  
de los sonoros clarines  
el toque agudo y guerrero.  
Primorosas banderillas  
llenas de lazos diversos,  
entre las manos oprimen  
los libres banderilleros;  
contra el estribo el espada  
llega, y reclínase luego;  
échanle capas al toro;  
acude al trapo ligero,  
y hasta la fiera llegando  
uno tras otro los diestros,  
con arrojo y galanura  
clavan tres pares soberbios;  
uno al quiebro, otro al frente,  
y otro dejándolo al sesgo.

Pero se iergue el espada,  
y haciendo el trapo bermejo  
y el estoque reluciente  
de empuñadura de fuego,  
marchando á hacer el saludo  
como ordena el reglamento,  
al severo presidente  
dice, las piernas abriendo,  
y la montera en la mano  
á guisa de acatamiento.

«Brindo por el que preside,  
por las *jembras* de salero,  
por el valor, por España,  
por lo noble y por lo bueno!»

Una tempestad de bravos  
repetida por cien ecos,  
lanza la gente inmediata  
y torna luego al asiento.  
La muleta replegada  
y oprimida entre los dedos;  
en la derecha el estoque  
lleno de vivos reflejos;  
bien trazada la coleta;  
ceñida la faja al cuerpo,  
y moviendo la persona  
con airoso contoneo,  
llega á la fiera el espada  
paso tras paso, sereno,  
y despliega la muleta  
con arrogancia y denuedo.

Embiste, bufando, el toro,  
y un presto pase de pecho  
hace que el asta atraviese  
del matador junto al cuerpo;  
cambian entrambos de sitio,  
y arrancando de sus puestos  
un nuevo pase en redondo  
gallardo describe el diestro;  
acude al trapo la bestia  
las curvas astas blandiendo,  
y alza por alto el espada  
muleta y estoque á un tiempo;  
unos tras otros los pases  
raudos se van sucediendo;  
rompe en voces el gentío;  
al circo van los sombreros,  
y tras la brega lucida

quedan, mirándose atentos,  
el animal, resoplando;  
¡y de perfil, el torero!

Más pases dados con arte,  
fijos los pies en el suelo,  
ponen la indómita bestia  
cuadrada sobre el terreno;  
el matador indeciso  
un punto quédase atento,  
y en todo el circo un instante  
reina absoluto silencio;  
de izquierdo y derecho lado  
mueve la muleta el diestro;  
enfila luego el estoque,  
arrolla el trapo ante el cuerpo,  
clava hasta el puño el acero,  
el fino cuerno rozando  
y por la cola saliendo.

Termina, al cabo, la fiesta,  
y queda al final el ruedo  
por todas partes surcado  
de chulos y de pilluelos.  
Cuales, siguen al espada,  
que diligente y apuesto,  
con el capote en el hombro  
marcha con paso sereno;  
quiénes, montan á la fiera,  
que arrastrada por el suelo  
delante lleva las mulas  
con sus sonantes arreos;  
éstos, saltan al estribo;  
aquellos, fingen un quiebro;  
ponen unos banderillas,  
mueven otros los pañuelos,  
y los de allá alborotando  
emprenden su seguimiento,  
tras las carrozas cargadas  
de engalanados toreros.

La tarde, en tanto, declina,  
y fingen trágico incendio  
en los brillantes espacios  
los nubarrones sangrientos.  
Madrid torna á sus hogares;  
y con andar macilento  
las anchurosas aceras  
cubre en movable trasiego;  
gritos de júbilo suenan  
al mismo gemir del viento,  
y los caballos levantan  
chorros de luz de los suelos;  
coplas y son de guitarras  
se entremezclan al concierto;  
coros inundan los aires;  
risas conducen los ecos,  
y en vibraciones sonoras  
todo derrámase á un tiempo,  
y entre las sombras se pierde  
como confuso lamento.

Emociones, alegrías,  
valor, carácter, desnudo,  
patria, unión, himnos, cantares.....  
¡Prez á España! ¡Viva el pueblo!

S. RUEDA.

## BELLAS ARTES

CASTO PLASENCIA

I

Hemos llegado, en esta excursión más ó menos tortuosa por los estudios de artistas, á un punto en que el escritor que mide escrupulosamente sus fuerzas, deja que al pincel ceda la pluma. Plasencia es un pintor maestro.

Para examinar su personalidad artística, sería necesario saber por dónde se va á las cimas de la inteligencia, descubrir los invisibles caminos que conducen al horizonte de donde toma la luz una paleta incomparable. Si en esta época fuera posible un genio, cifra del mundo contemporáneo, tal genio lo sería Plasencia. La energía de nuestra raza, la rudeza legendaria de nuestro carácter, el espíritu regocijado de nuestras costumbres, la delicadeza refinada de los procedimientos técnicos actuales, la observación sabia de la realidad, las palpaciones interiores de las pasiones del día, todo lo castizo y todo

lo moderno, la línea clásica y el brillo oriental, ha sido comprendido y expuesto en obras excepcionales por este artista.

Ante dos cuadros maravillosos, la crítica más insensible es un himno.

Su potencia creadora sólo es igual á su ejecución formidable. Cuando, para consuelo de las medianías, es de buen tono ahora poner riendas, (no importa que sean de oro), á la inspiración, y llevar el asunto, como en las operetas, desvirtuando el canto con los tropezones del recitado, Plasencia da libertad á su genio, seguro de su mano y de su mirada. Donde quiera que la belleza desnúdase de sombras y se viste de esplendores, allí está su caballete, abrumado bajo el peso del enorme lienzo, que tiembla sin cesar con las sacudidas febriles de la brocha. Plasencia es sereno y ardiente trabajando. Está dentro y fuera de su obra al mismo tiempo. El pensamiento fluye, como agua de manantial, cristalino y bullidor, y cae sobre la tela sin precipitación, pero inagotable. En cada mancha de color se vuelca el áufora del cerebro, para volver á llenarse instantáneamente.

Si fuéramos doctores en filosofía, diríamos que Plasencia es panteísta. De la misma manera, ó mejor dicho, con idéntica intensidad, siente el Olimpo pagano que la gloria cristiana, la naturaleza sensualista, henchida de voluptuosidades de las Arcadias mitológicas, que el melancólico campo de nuestras provincias del Norte. impregnado de perfumes castos, poblado de muchachas, en cuyas mejillas el carmín es obra del pudor y no del vino de las bacantes. Para este insigne pintor, la diosa Beldad, se revela en todas partes, ya entre los harapos que cubren el cuerpo escualido de la niña guardadora de vacas, ya con las formas opulentas de la Vénus generadora, de ubérrimos senos, goce fecundo de dioses.

Antes de sus últimos trabajos, Plasencia era considerado como un pintor que esculpía con el pincel. Sentía la atracción de la grandeza, representada en vigorosos arranques, en robustas concepciones, en músculos atléticos y en explosiones fulgurantes. Posteriormente se ha visto que quien supo levantar el férreo brazo de los romanos, demandando justicia por el honor ultrajado, puede también extender alas de ángeles, en cielos transparentes, en medio de coros de armonías eliseas. El poeta florentino, después de recorrer los círculos de los trágicos dolores, elevó igualmente su imaginación á los espacios luminosos del Paraíso.

Las obras de Plasencia constituyen un museo. Entre una y otra no hay bocetos inacabados, tanteos vacilantes que se queden entre imperfecciones borrosas. Una misma tela recibe el primer trazo del cuadro y el último perfil de la firma del autor. No hay tampoco en ellas sucesión ostensible. Aunque todas están como selladas con estilo propio, característico del artista, difieren entre sí, según las condiciones á que se las destina. Son hermanas, pero aparecen con distinta edad y diverso semblante.

Esto quiere decir que cada cuadro de Plasencia requiere estudio aparte.

..

El palacio de Linares es un temible rival de San Francisco el Grande. La morada aristocrática, disputa á la iglesia los artistas de más fama. Es un torneo entre la mitología y la religión, entre el altar y el boudoir, entre ninfas y vírgenes. Aun sin enjugar, pasan los pinceles de un lugar á otro, del rostro místico de una santa al cuerpo desnudo de una diosa. En los techos de las habitaciones de aquel palacio, ha ido depositando Plasencia su inspiración al mismo tiempo que en las cúpulas, capillas y coro del referido templo.

*Anacreóntica*, *Vénus aérea*, *El Blasón* y *La Gloria*, forman hasta ahora la brillante decoración del techo del salón de recepción del palacio indi-

cado. Distribuyéndose lateralmente, dejando espacio en el centro para el cuadro, no concluido todavía *Psiquis conducida al Olimpo por Mercurio*.

En el asunto de *Anacreóntica* una mujer, de hermosas carnes, ceñido el pelo de flores, tendida indolentemente sobre la yerba de un bosque. Apoya su cabeza en una mano; con la otra ofrece á beber en una taza á varios cupidillos, que se adelantan hacia ella con la sonrisa de una embriaguez celestial. Aquellos cuerpecitos nacarados y purpúreos, no traen por adorno sino haces de flechas, carcajes y sartas de hojarascas. No se vé más que la parte inferior del bosque: los pies de los árboles oponen una cortina de troncos á los rayos oblicuos del sol poniente.

El ocaso logra, sin embargo, festonear con lentejuelas de oro las ramas lejanas. Un geniecillo contempla este espectáculo de claridades y sombras, mostrando preciosísimamente un posterior gordezuelo y sonrosado. La mujer sonríe con voluptuosidad. Sus senos se apartan turgentes y elásticos, como dos almohadillas de nieve sobre el lecho de rosas de su cuerpo. Un paño cubre uno de sus muslos.

*Anacreóntica* es la decoración de un techo de casa particular; pero muchos de los cuadros que se cuelgan en los museos públicos tienen menos derecho que el á la inmortalidad.

*Vénus aérea* tiene por figura una mujer de belleza correcta, de corte griego, humana sin embargo, y agena de esa rigidez estatuaría, cadavérica, de la Mitología. Dirige un par de palomas, atadas, á manera de riendas, por cordones de seda. La aérea carroza es una nube. Acompaña la cupidillos con el carcaj á la espalda. En desorden artístico juguetean algunos blandiendo saetas. Miran otros á la diosa, como para recibir órdenes. Las palomas son espoleadas con látigos de flores. Por último, la alegría del viaje hace á las cupidillos más revoltosos echar los pies por alto.

*El Blasón y la Gloria*, son dos óvalos de adorno. Hay en aquél un grupo de géneos con escudos, coronas y otros símbolos heráldicos, formando pintoresco conjunto. En éste, los géneos aparecen con trompetas, ramos de oliva y guirnalda de laurel; los accesorios están perfectamente detallados.

En el mismo palacio de Linares, el pincel de Plasencia ha decorado el techo de la alcoba del cuarto entresuelo. Aquí se ha representado por modo maravilloso, *La Noche*. No hay ninguna lira contemporánea que eleve un canto más poético á las sombras tranquilas del sueño. Figúrase la noche en una mujer, coronada de adormideras, reclinado el cuerpo, algo levantada la cabeza. En su regazo duerme un niño dando idea del reposo nocturno. Es la hora en que la luz se esconde, el manto de la mujer, ó si queréis de la noche se extiende bordado de puntos blancos que más tarde serán estrellas de oro. La oscuridad avanza en forma de nube, de un lado para otro, con paso suave. Los amorcillos esperan con impaciencia la señal de su libertad, para volar por el mundo, tocando serenatas. Dos de ellos templan ya las cuerdas de sus mandolinas, y arquean los labios, disponiéndose á cantar trovas.

*La Noche* es un poema de delicadísimo colores, en que cada rayo del pincel tiene la sonoridad y vaga idealidad de un verso de Musset.

El techo del tocador del marqués, lleva también la huella luminosa del genio de Plasencia. Este techo parecía destinado exclusivamente á la obra de tan singular artista. Con efecto, ¿qué inspiración más propia de este sitio, podía extender aquí las alas que la de este pintor, que reúne al gusto antiguo el instinto moderno?

El *Tocador de Venus* (que este es el asunto que representa la pintura del techo), es una obra de arte y de *oportunidad*. No puede darse mejor espectáculo al despertar, que el que ofrece aquella figura espléndida, de color macizo, de robustos tonos, dibujo correctísimo, y formas exuberantes

Mírese la diosa de la hermosura en un espejo que Adonis, gallardo mozo, la pone delante. Venus se coloca flores en la cabeza. Varios amorcillos la traen la rica zapatilla, la caja de joyas. Por el cielo azulado revolotean, como banda de pájaros geniecillos alegres, tocando panderos y trompetas. Ella es la *Venus genitrix*, ceñida de cinturón de senos de madre: intencionada alegoría para la alcoba de un matrimonio.

El autor de este magistral cuadro, que forma un ancho medallón, rodeado de preciosos artesanos, ha puesto á contribución la opulencia de su paleta su estudio cencienzudo y su imaginación poblada de clásicos recuerdos italianos.

Finalmente, en el cuarto segundo de dicho palacio hay dos cuadros, debidos de igual manera al pincel de Plasencia, figurando un *celaje* con palomos, de primoroso efecto, y *scherzzi d' amori* en que varios niños alados juguetean entre nubes hermosísimas.

JOSÉ DE SILES.

## LA ESPAÑA DEL SIGLO XIX

Todos saben que se están dando en el Ateneo de Madrid una serie de conferencias por ilustres literatos y oradores sobre *La España del siglo XIX*.

De la introducción y de la primera conferencia se encargó el Sr Moret, y nuestros lectores recordarán los elogios que tributó al distinguido orador la prensa toda.

Ahora se ha publicado impresa esta conferencia, y al volverla á leer, no hemos podido resistir á la tentación de reproducir algunos de sus párrafos.

### Carlos III

La España que llevó á cabo la reconquista y que clavó sobre los muros de Granada el pendón de Castilla; la España que con los Reyes Católicos unió bajo un solo cetro casi todos sus territorios y estuvo a punto de unir ese pedazo de la Península que se llama Portugal; la España que abrió la era de la edad moderna con el descubrimiento de América, la que hizo escuchar al Africa el estampido del Cañón de Cisneros y llevó á Italia las huestes del Gran Capitán, aquella España torció su dirección histórica y fué á combatir en el Norte de Europa las ideas protestantes, á nombre de los intereses de la casa de Austria, y combatió como buena, porque ese fué su deseo, pues yo pienso que no son las voluntades de los gobernantes las que llevan á los pueblos en una dirección determinada, los cuales, si bien pueden darles la señal y tomar la iniciativa, si los pueblos no se prestaran á ello, no irían nunca por el camino que se les traza.

Fuó la España al Norte de Europa y allí sucumbió; al llegar Carlos II, aquella España había concluido.

Cuando vino Felipe V, pidió en vano por todas partes soldados, ministros, poetas, escritores, y esta nación, que un siglo antes había tenido los genios más grandes en todos los ramos del saber humano, sufrió la amargura de ver que aquel Monarca traía de Francia gentes que pudieran enseñarle las artes del gobierno las de la política y hasta las de la guerra á sus decaídos habitantes.

Reducida en su población, adormecidas sus ideas, extraviado su espíritu, la España, en los primeros años del siglo XVIII, vegetó sin renacer bajo Felipe V. Sintió sin duda aquel Rey la tristeza de la atmósfera en que vivía y la nostalgia se apoderó de su ser. Fernando VI no fué más afortunado, y la España continuó en la misma vida inconsciente, hasta que un Monarca, que se educó en el extranjero, que había respirado en Italia la atmósfera de las bellas artes, y nutrido su espíritu con cuanto allí había de bello, de entusiasta, de peregrino, y que unía á esta educación una rectitud de carácter que pocas veces nos presenta la historia, Carlos III, en fin, vino á dar

á España la impulsión y el amor de la vida moderna.

Había, sin embargo, en las ideas de Carlos III algo particular, no diré extraño; algo especial, no diré discordante.

Carlos III, como todos los hombres de gran talento llamados á regir un país atrasado, no creía más que en sí mismo; y mientras el Conde de Aranda, su gran Ministro, confiaba en el pueblo y creía que las libertades de Castilla como nuevo Lázaro, habían de salir de su sepulcro, Carlos III no creía más que en la fuerza de su iniciativa gubernamental, y, cansado de las solicitudes del Conde de Aranda, lo enviaba como su Embajador á países extraños, sin pensar que todo cuanto creaba, sociedades económicas, industrias exóticas, profesores de talento, artistas, pintores, músicos arquitectos, ingenieros, todo aquello era artificial; porque dependía de él, y sólo él lo sostenía, y aun cuando hubiera de prender en el país, necesitaba para arraigarse un tiempo que él no había de vivir y sucesores que él no había de tener.

Quizás lo pensó tarde, y este pensamiento engendró su tristeza y aumentó la melancolía que llegó á dominarle en sus últimos años al ver que su obra quedaba confiada á su hijo Carlos IV, y que no teniendo éste la conciencia de los fines que su padre perseguía, ni mucho menos los medios de llevarlos á cabo y de hacerlos fecundos, su obra había de quedar embrionaria y había de ser como una primavera anticipada, que una helada abrasa antes de desarrollarse.

Eso explica por qué España no sufrió la transformación á que Carlos III la llamaba. Si recogéis la literatura de aquel tiempo y con ella penetráis en las costumbres, y con las costumbres y la literatura reunidas hojeáis los pocos libros de aquel tiempo, que se pueden llamar científicos, y, si reunís con un pequeño esfuerzo, que más no se necesita, todo lo que produjo España durante el siglo XVIII, veréis que aquí sólo había una idea fundamental, la Monarquía, y á su lado otra idea, la religión, y con estas dos ideas, una tercera, un deseo de movimiento y de progreso representado en la literatura y en las bellas artes; todo ello acompañado de cierta inquietud, mezclado de cierto malestar, de cierta aspiración á lo nuevo, y un algo desconocido caracterizado por un olvido completo y un desconocimiento profundo de la tradición de España.

### La Monarquía y la religión

Ante todo, cuando hablo de la Monarquía, no me refiero á esa idea de la Monarquía que tantas veces se ha traído á nuestros debates políticos para presentar esa institución como el centro y punto de apoyo de la constitución del país, no: me refiero á la idea de la Monarquía, tal como la descubro en los pensadores y políticos del siglo XVIII, que hacían de ella la base indispensable, el sistema de pensar, la condición sin la cual no entiende ningún espíritu racional nada de lo que existe en la sociedad española.

¿Se trata del clero y de sus relaciones? Pues el Rey es su jefe, igual al Papa por el Concordato. ¿Se trata de las bellas artes? El Rey es su inspirador y su patrono. ¿Se trata del progreso de las ideas? El Rey es el punto de apoyo, la palanca de los enciclopedistas, representados por Aranda y Campomanes. ¿Se trata de las costumbres? El Rey las señala y las encamina. ¿Se trata de la vida social? En derredor del Rey se forma y gira.

El que algo idea, lo escribe en un memorial para llevarlo al pie del trono; el poder real es la rueda motriz ó el eje central de todo movimiento, y los españoles de aquel tiempo, aunque se llamen Aranda ó Campomanes, ó Floridablanca ó Jovellanos, no entienden que se pueda variar la agricultura, ni extirpar la amortización, ni sacar á este país de su triste estado, ni escribir un poema, ni regenerar el teatro, sino mediante y con el apoyo del poder real.

La idea de la Monarquía ha penetrado de tal suerte en el pueblo español, que la nación

es en último término el patrimonio de un hombre, con cuyo auxilio; si es bueno, todo puede perderse.

La religión. España era un país esencialmente religioso. No os hablo de la creencia, porque no he de entrar en ese rincón recóndito de la conciencia, que es para mí un arcano del espíritu, al cual nunca me acercaría sino como se acercaría uno al santuario, con el más profundo respeto; os hablo de la religión, en cuanto es una forma externa de la creencia, que crea é inspira las costumbres; la religión, señores, es en aquel tiempo de que hablamos, cual gigantesca liana, que, extendiéndose por todas partes, ha penetrado sus raíces en los poros todos de la sociedad.

¿Se trata de la propiedad de la tierra? El convento y la mano muerta son dueñas de las dos terceras partes del suelo de España. ¿Se trata de la educación? El convento vive dentro de las universidades, y los catedráticos visten el sayal del fraile. ¿Se trata de los actos más íntimos de la vida? Pues sin hablar del bautismo, del matrimonio y del entierro, con los cuales la Iglesia recoge á la humanidad en los tres momentos supremos de la vida, en el momento en que nace, en el momento en que ama y en el momento en que muere; sin hablar de esto, penetra en cualquier domicilio de aquella época, siguiendo el relato de los contemporáneos, y veréis siempre al fraile sentado en el hogar de la familia aconsejándola y atendiéndola en todas sus necesidades; si se trata del casamiento de la hija, él acude á dar su consejo; si hay un disgusto en la familia, él interviene para aplacar los ánimos; si llegan días de desgracia, él prodiga sus consuelos; si hay que pedir alguna cosa, él redacta el memorial; si el hijo aspira á un destino, él le aconseja y le apoya; si se trata de hacer testamento, el confesor lo inclina con sus argumentos y en todo interviene y en todo le solicita ó se entromete.

Nada tiene que ver aquí la fé y la religión, esta es su forma externa; pero en este sentido la Iglesia ha envuelto en los pliegues y repliegues de su inmenso manto la sociedad y la familia española del siglo XVIII.

Y vez, señores, cómo sobre estas dos bases, que se llamaban Monarquía y religión, principia una vida esencialmente distinta, pero tan inocente, que la Inquisición no la perseguirá; porque si bien es cierto que hubo el proceso contra Olavide, y que costó trabajo libertar al autor de *El Evangelio en triunfo*, y al glorioso fundador de las colonias de Sierra Morena de las garras del Santo Oficio, al cabo se consiguió; y por lo mismo que la lucha fué ruidosa, fué el triunfo más señalado.

### Goya y D. Ramón de la Cruz

De aquellas tertulias, como la del café de San Sebastián, fundada por Moratín el Viejo, ó como de aquella otra que se reunía en la celda del padre Astala, á que concurrían los literatos italianos traídos por Carlos III, y los discípulos españoles formados en ellas, surge una literatura cuyos autores, dándose el nombre de Arcades de Roma, se entregan á una obra literaria, que era como un juego del espíritu y una filigrana del pensamiento.

Pero de esta bordadura, de este encaje de las ideas, que nunca llegaba á tomar el tono de una pasión (porque no olvidéis, señores, que lo más apasionado que ha producido el siglo XVIII son *Las noches lúgubres*, de Cadalso), en medio de todo esto podéis ver, cosa extraña, el espíritu nacional, un sentimiento nuevo, algo que no se conocía antes y que apenas se percibe ahora, que empieza á brotar y que vá á constituir en breve uno de los factores más importantes de nuestra vida.

Un hombre desconocido y oscuro, D. Ramón de la Cruz, empieza á esbozar, primero sobre el papel, y después en las tablas del teatro, tipos completamente nacionales, no conocidos hasta entonces.

Otro artista de carácter indomable, de naturaleza fiera, Goya, hace brotar de su pincel ó de su lápiz algo que no se parecía á las imágenes de santos, ni á los emblemas de la reli-

gión ni á las trasfiguraciones del misticismo; con él aparece por primera vez esbelta y elegante la mujer española, envuelta en la blanca mantilla, el torero de gallarda apostura y los vendimiadores y los borrachos, el grotesco jorobado y el feliz matrimonio embelesado ante el niño, una sociedad tranquila, jovial, graciosa, tal como la veis en el Museo; pero nueva, original, española, y que permite ya adivinar los horrores de la guerra que Goya trazara con mano febril y apasionado estilo, cuando la lucha transforme aquel idilio en tragedia.

Y con D. Ramón de la Cruz y con Goya aparece un lenguaje nuevo, rico, brillante, sonoro, el lenguaje de *La corrida de toros*, de Moratín, y de *El murciélago alevoso*, en cuyas composiciones ruedan las palabras como perlas que caen sobre superficie de cristal, ó como deben rodar allá en el Niágara las últimas y deliciosas gotas de la rugiente espuma, cuando después de haber saltado en vertiginoso torrente, van á perderse en el lago cristalino que las espera en silencio.

#### Maiquez

Y al propio tiempo en el teatro, sobre las tablas de la escena, se vé ya palpar también algo, que hasta entonces era desconocido. Pero de esto no puedo yo hablaros, porque no lo he visto, ni se inventa, porque no cabe suponerlo al que no lo vió con sus propios ojos; pues de las artes dramáticas y representativas, del cómico, como el orador, nada queda cuando se extinguen los acentos de su voz, y nadie puede reproducir la voz de aquel que arrebató á las masas sobre la escena del teatro, ó el ademán del tribuno, de cuya ardiente palabra no se conservan los efectos y tonos en el frío reflejo del libro que guarda sus arengas.

Y el renacimiento del pueblo español no podía dejar de llegar al teatro, y así apareció potente, entusiasta, en Isidoro Maiquez. Una voz más autorizada que la mía os describirá lo que era el arte escénico en los comienzos del presente siglo; yo sólo puedo mencionar el nombre de Isidoro Maiquez, y recordar á aquel joven taciturno, á quien entre Godoy y la Duquesa de Benavente reunieron una pensión de 4000 reales al mes, para que fuese á Francia á aprender la declamación.

Fué á Paris y oyó á Talma, y comprendió que la declamación era algo humano, y que sobre el teatro no aparecía solamente un histrion pintarrajeado, sino el tipo del hombre, y que el hombre de todas las edades y de todas las épocas era siempre el mismo, y debía representarse tal cual era, sin ficciones ni artificios, lo mismo en el *Otelo* enloquecido por los celos, que en Coriolano enardecido por el amor á la patria.

Y cuando volvió á su patria y se presentó á sus contemporáneos con la expresión nobilísima, con el acento vibrante, el ademán apasionado, hasta el punto de que Rita Luna, en la escena final del *Otelo*, le tiraba de la túnica, gritándole por lo bajo: «¡Por Dios, Isidoro!» temerosa de que fuera á matarla de veras; el pueblo sintió como la revelación de una nueva vida, como el choque de una corriente eléctrica, hasta entonces desconocida, y comprendió por el espectáculo del arte escénico lo que al oído le decía la literatura, lo que le revelaba la filosofía en los libros, lo que ya presentía el espíritu al despertar de su letargo: que había una nueva vida, que abría ante él un nuevo horizonte, presentimiento del nuevo destino á que le llamaban los tiempos. (*Aplausos.*)

Esto, señores, sucedía, y así se revelaba el carácter español en la literatura con D. Ramón de la Cruz; en la pintura con Goya, y en la declamación con Maiquez, en los momentos mismos que las falanges de Napoleón llamaban con voz de trueno á las puertas de la patria, para dar por cuadro á la nueva época la guerra de la Independencia. (*Grandes aplausos.*)

Una palabra más para concluir esta enumeración, porque quiero decir algo que, por no haberlo leído en parte alguna y no creerlo vulgar, me parece necesario añadir á este cuadro.

Uno de los rasgos característicos de la España de aquella época es su odio á la tradición.

Hoy, señores, la generación á que yo pertenezco, que ha asistido á la reaparición dolorosa y ensangrentada de lo que se llaman las ideas tradicionales en España, debe encontrar nueva y aun extraña esta afirmación, de que á fines del siglo XVIII y principios del XIX no había ninguna tendencia, ningún amor á la tradición. Y, sin embargo, señores, se explica lógicamente.

Si la tradición era esa noche oscura y caótica de que os he hablado, si era lo que quedaba con Carlos II y lo que había venido con la guerra de sucesión, si había un lapso de un siglo durante el cual parecía que en España no se había pensado, ni escrito, ni hablado, ¿para qué volver la vista atrás? Las miradas al buscar algo se volvían al otro lado del Pirineo. Leed, señores, los que á estos detalles sois aficionados, leed *El Semanario Pintoresco*, de Valladares, aquellas descripciones de las modas, aquel afán en las mujeres de adoptar los adornos más extraños, los trajes más abigarrados y las prendas más incómodas; recordad aquellas comidas á la francesa, que merecían la pluma de un *Velista* para describirlas, y sentiréis latir la fuerza de lo desconocido y el anhelo de la mudanza. Todo era ansiedad de cosas nuevas, había algo de febril en el afán de innovaciones: el teatro de Lope y de Calderón era proscrito por la pluma de Moratín como cosa inmoral é incompatible con una sociedad que quiere romper con el pasado.

Tal era la España moral.

SEGISMUNDO MORET.

## Á LAS DAMAS BILBAINAS

Al rendir un público testimonio de gratitud á los fundadores y organizadores del *folk-lore vasconavarro*, y muy especialmente á los Sres. D. Vicente de Arana y D. Camilo Villavaso por el afectuoso recuerdo que á mis compañeros y mí han dedicado, no puedo ni quiero ocultar la alegría que me ha producido ver á las damas bilbainas acudiendo á honrar y embellecer con su presencia la brillante fiesta celebrada hace unos días en el teatro Gayarre.

El hecho de inscribirse como socias en la mencionada sociedad, es para mí de tal importancia y trascendencia, que no vacilo en considerarlo como la prenda más segura de que la institución del *folk-lore español* llegará á ser una verdad en nuestra patria. El *folk-lore*, en efecto, no está en España ni en país alguno necesitado, principalmente, de eruditos: inteligencias claras, corazones delicados y voluntades decididas, es lo que principalmente necesita. Por él aspiramos á reconstruir la historia del pasado, estudiando en la tradición oral las fases de la evolución porque ha atravesado el pensamiento humano hasta llegar al grado relativo de cultura que hoy alcanza.

Después del amor sagrado de la familia, de la tierra y del cielo que nos vió nacer, ningún amor más puro, ninguna obra más interesante, ninguna peregrinación más novelesca y agradable puede ofrecérsenos que aquella á que el *folk-lore* nos invita. Y nadie más á propósito para sorprender los inefables secretos que en esa peregrinación se descubren, que la mujer, delicadísima en sus sentimientos, poderosa en su intuiciones, con espíritu analítico y de observación inimitable, y sobre todo, contra lo que afirmarse suele, más virtuosa y constante para sus empresas que los hombres.

El *folk-lore*, si bien consideramos, es algo que nos envuelve como la atmósfera que nos rodea; algo, que como nos enseña el cuentecillo popular del duende Martín, nos acompaña siempre en nuestro camino: nos sigue como la sombra al cuerpo. La joven que, teñidas las mejillas de rubor, baja á la ventana á entregar al amante, que marcha acaso á lejanos países, un bucle de sus cabellos, como símbolo ó promesa de constancia durante su ausencia, escribe, al alargar su temblorosa mano

por entre los hierros de la reja, una preciosa página de *folk-lore*, cuya importancia seguramente no sospecha.

En la Edad moderna el corazón conserva aún como verdades las que fueron verdades ideales en primitivos tiempos; acaso teorías religiosas, acaso doctrinas filosóficas de tiempos que pasaron...

Una linda copla popular nos conserva la idea de que en cualquier objeto perteneciente al ser querido se encuentra como compendiada toda su existencia. De aquí esas ofrendas votivas que vemos en todos los santuarios.

La imagen de San Antonio  
la llevo colgada al cuello;  
cuando me acuerdo del santo  
saco la estampa y la beso.

La madre que meciendo la cuna del hijo, arrulla su sueño con melancólicos cantares ó puebla su tierna fantasía de esas preciosas imágenes de que están llenos los cuentos de encantamiento con que á todos nos adormecieron en la infancia, y que hoy, preciándonos de sensatos, hacemos gala de desdeñar, no obstante el afanarnos quizás en pos de quimeras no menos irrealizables que aquellas; la madre que combate de tan formidable manera la ausencia del pícaro *Fernando* ó *Fernandillo*, Morfeo popular, rebelde á sus conjuros, escribe otra página de *folk-lore* no menos interesante que la que escribió en sus mocedades.

En la romería, en la fiesta, donde se bailan zorricos, donde celebran las bodas de una aldeana, donde se conmemora un hecho patriótico ó se festeja al patrón de un pueblo; en el bautizo como en el entierro popular; donde quiera hay una risa ó una lágrima á que se asocie una familia, una tribu, un pueblo entero; donde quiera que se verifica una ceremonia consagrada por la costumbre, allí hay elementos *folk-lóricos* que recoger.

Hay un *folk-lore doméstico*, un *folk-lore*, que como el fuego del hogar, divinidad antigua, calienta, ilumina y hermosea los sagrados muros de la casa. *Cada cocina*, dice con razón el refrán, *tiene su lumbre y cada pueblo su costumbre*. En los guisados, muchas veces tradicionales, que la cocinera condimenta, en las tradiciones de la nodriza y la antigua criada, miembros de una más amplia familia, que rodean á nuestros hijos, en el rústico que viene de la aldea á ganarse el sustento vendiéndonos sus mercancías, están los elementos mejores del *folk-lore* de la casa.

Y hay otro *folk-lore* que vive en la plaza pública, bajo el pórtico de la iglesia, junto á la ermita á donde acuden los pueblos en peregrinación, en la barca del pescador, en la cabaña del rústico, donde quiera que existen gentes sin otra cultura que la luz de la razón natural, no menos amplia y generosamente concedida á todos que la del sol, y los conocimientos que enseña la experiencia, gran maestra de la vida.

Las señoras, reinas, ó mejor dicho, ángeles del hogar, tienen constante ocasión de estudiar el *folk-lore* en sus fuentes más puras: en la casa constantemente, *todos los días*, fuera de ella, *en días señalados*.

Para este segundo estudio conviene organizar las *giras* ó *excursiones folk-lóricas* á los santuarios, campos, pueblos y aldeas; cuanto más alejados se encuentren estos de los grandes centros de población, más fructífero será su estudio.

Para el estudio del *folk-lore doméstico* basta con el amor á la familia, el amor á la gente del pueblo, y sobre todo el amor á los niños. El niño desde que nace, hasta que habla y anda, mejor dicho, hasta que corre y juega con sus compañeros, es el más fiel representante de la humanidad, cuyo estudio es en definitiva el objeto del *folk-lore*.

Las damas vascongadas que se dedicasen á recoger el vocabulario de los niños desde que tienen cuatro ó seis meses, hasta los tres años—niños que no oyese en torno suyo más que el idioma vascongado—prestarían á la fonética y á la filología un servicio importante.

En el modo de formarse el lenguaje de cada niño, en relación con el idioma que escucha y las

circunstancias que le rodean, está el mejor compendio y el mejor comprobante del modo cómo se ha formado el lenguaje en la humanidad. La ilustre dama que sacrificándose á hacer este estudio por sí propia, ó á facilitar á un profundo conocedor de la lengua euskara los medios para hacerlo, publicase un diccionario de la lengua infantil, prestaría un inmenso servicio á la ciencia, y merecería justamente los plácemes de toda Europa. Comprendo que el vivir dos años en una aldea exige sacrificios; pero todas las obras virtuosas los exigen de igual modo. Si supiese el vascuence, no tendría inconveniente en ofrecerme á ellos. Vivir dos años en contacto con la naturaleza y con gente humilde no es, después de todo, un sacrificio de los que no pueden intentarse. Tanto la naturaleza moral como la física, tienen encantos imposibles de comprender para los corazones egoístas.

Lo juegos de niños, las canciones infantiles, los cuentos de encantamiento, tomados *tal y como los aldeanos lo cuentan—ipsissima verba*—es una tarea que solo puede llevarse á cabo con la cooperación de las señoras, únicas ante las cuales las mujeres del pueblo declaran sin recelo sus creencias y supersticiones y las tradiciones y leyendas que de sus mayores aprendieron; estos cuentos, aparte de su valor filológico, tienen igual interés en castellano que en vascuence, y las socias del Folk-lore vasconavarro prestarían, recogidos, un buen servicio al país.

Para ello, no hay que ocultarlo, como para toda obra buena, se necesita virtud y sacrificios. Los que se asocian para una empresa, es necesario que trabajen en ella. Sin gastar dinero, el que se necesite; sin sufrir molestias, las que sean precisas, no se hará el folk-lore vasco navarro, como no se hará ningún folk-lore del mundo. En un país tan culto como Bilbao, puede hacerse esta afirmación, sin temor á falsas interpretaciones. Las abejas fabrican la miel, tomándose el trabajo de libarla en los cálices de las flores; virtud igual requiere el folk-lore. El hecho de haber tomado parte en él las damas bilbainas, me hace creer que las provincias vascongadas que tienen historia, vida y fisonomía propias, tendrán también en breve plazo un folk-lore propio, un verdadero *Errijalquinza*..

Para ello hasta con virtud y talento, condiciones que adornan á las bilbainas; para ello se requiere solo el valor y el desinterés necesario para iniciar un bien de ulterior trascendencia, cuya importancia no está aún por desdicha al alcance de todos. Para ello se necesita sólo que las distinguidas damas del folk-lore vasco navarro se apresuren á establecer lo que pudiéramos llamar *tertulias ó reuniones folk-loricas*; más tarde se organizarán las fiestas infantiles, que ya empiezan á iniciarse en Francia. El tiempo que en los bailes y reuniones se consume en discreteos ó en juegos inocentes que, por lo general, no educan ni ilustran, puede con éxito dedicarse á la recolección y ordenación de los materiales que los concurrentes vayan aportando, como las abejas aportan la miel á la colmena. Si se forman albums que no son, por lo general, más que colecciones de piropos, muchas veces insulsos, aunque casi siempre ritmados, porque, por desdicha, la rima es en más de una ocasión el traje indispensable de la tontería; si se coleccionan sellos, cromos y cajillas de fósforos ¿por qué no coleccionar las espontáneas producciones del vulgo en que están las páginas más elocuentes de la historia española?

La lectura de un libro de refranes, supersticiones ó modismos evocará en todos el recuerdo de otros modismos, otras supersticiones, otros refranes. En una tertulia se coleccionarán por ejemplo, por índice alfabético, los refranes agrícolas y meteorológicos; en otra los referentes á botánica ó medicina popular; en otra los importantísimos relativos á sociología que tratan y determinan las relaciones de los padres, de los hermanos, de los hijos, etc. ¿Qué joven se

negará, por ejemplo, á recorrer á pie, si necesario fuese, los campos y aldeas inmediatas á Bilbao para recoger los datos que se le piden? ¿Y qué señora tan poco afortunada que no obtenga de sus contertulios, bien tomados de las obras euskaras en que se encuentran diseminados, bien de la tradición oral, los refranes ó modismos cuya colección más le interese? El Folk-lore necesita obreros en las Bibliotecas, en las aldeas, en los campos y en el hogar doméstico.

Expuesto, muy expuesto es ser profeta en los tiempos que corremos; pero, á todo riesgo, me atrevo á pronosticar que la señora que inicie las *tertulias folk-loricas*, y convirtiéndolas en verdaderos, alegres y animados talleres, publique luego un tomo con los materiales recogidos, encontrará imitadoras, no sólo en España, sino en Inglaterra y en Italia, á donde ya damas tan distinguidas como la autora del *Folk-lore de Roma*, Miss Busk, y la Excm. señora baronesa Carolina Coronedi Berti, recolectora de *La medicina popular boloñesa*, no han tenido inconveniente en dedicarse con entusiasmo y amor á tan patriótica tarea.

¿Lo harán así las bilbainas? No lo sé, ni tengo derecho á esperar que mis humildes ruegos tengan tanta eficacia. Hay, sin embargo, una esperanza que me anima; las que en los días de peligro no vacilan en estar siempre al lado de los que combaten por la libertad ó de los que sufren los estragos de una epidemia, no han de abandonarnos ahora en la patriótica tarea de recoger las tradiciones, sentimientos, conocimientos y creencias del noble pueblo euskaro. Su clara intuición les enseñará que en esta obra, modesta al parecer, hay una obra gigante.

Sólo conociéndose bien podrán amarse unas regiones á otras y, juntas en una obra común, unirse con los suaves y al mismo tiempo fortísimos vínculos que reclaman los intereses de todos, y no el interés bastardo de los que pretenden unificar, matando toda individual y racional diferencia.

El trato y la comunicación, que engendran el cariño entre las personas, engendran también el cariño entre las diversas regiones de una nación; la ciencia es por excelencia *unificadora*; los centralizadores que, á título de patriotas, alardean de unitarios; los que no ven ni sueñan con otra unificación que la del palo y la fuerza bruta, llámense republicanos ó monárquicos, entienden sólo por unidad la comunidad del miedo, de la miseria y de la degradación; ellos hacen posible así el peor y más absurdo de los separatismos, el que lleva á los individuos, como á los pueblos á la unidad vacía de todo contenido, de toda espontaneidad, de toda noble idea, de toda obra común, á la unidad de la desesperación y de la muerte.

ANTONIO MACHADO Y ALVAREZ

## LA RISA DE LA BELDAD

Bella es la flor que en las auras  
Tranquilamente se mece:  
Bello el iris que aparece  
Después de la tempestad:  
Bella en noche borrascosa  
Una solitaria estrella;  
Pero más que todo es bella  
*La risa de la beldad.*

Despreciando los peligros,  
Tal vez un joven guerrero,  
Deja por el duro acero  
La dulce tranquilidad:  
¿Quién su corazón enciende  
Cuando á la lucha se lanza?  
¿Quién anima su esperanza?  
*La risa de la beldad.*

El conquistador altivo  
Precedido de la guerra,  
Cubren de sangre la tierra,

De miseria y orfandad:  
Y ¿quién el curso detiene  
De su cólera siniestra?  
Y ¿quién desarma su diestra?  
*La risa de la beldad.*  
¿Quién del prisionero triste  
Endulza el feroz tormento?  
¿Por quién olvida un momento  
Su pérdida libertad?  
Y ¿quién, en fin, del poeta  
Hace resonar la lira?  
¿Quién sus acentos inspira?  
*La risa de la beldad.*  
Una suerte inexorable  
Llena de luto mi vida.  
Y mi alma gime oprimida  
Por la dura adversidad.  
Pero yo olvido estas horas  
De tanta amargura llenas,  
Cuando suaviza mis penas.  
*La risa de la beldad.*

JOSÉ PRÓN CONTRERAS  
(poeta mejicano.)

## LA MAMÁ Y LAS NIÑAS

Conozco hace algunos años una respetable señora, viuda de un intendente—(á juzgar por el prodigioso número de viudas de intendentes que andan por esas calles de Dios, podría creerse que cada intendente ha sido esposo de diez ó doce mujeres)—que tiene tres hijas graciosas, frescas y muy compuestas, conocidas en el Prado, en los anfiteatros de nuestros coliseos, y por supuesto, en el paraíso del Real, en los bailes de máscaras, en las iglesias cuando hay funciones solemnes, y sobre todo, en su casa, calle del Desengaño, número tantos, cuarto tercero.

Estas señoras son las de Morales; así las llaman sus conocidos y amigos, aludiendo al nombre del intendente, que fué á morir precisamente cuando más falta hacía en el mundo, porque, como dice su viuda, D.<sup>a</sup> Nicolasa, si las tres hijas hubieran sido hijos, sobre no darle tantos cuidados, hoy le servirían de algo, y ella no tendría quebraderos de cabeza, porque los tres podrían estar colocados, y malo había de ser que no procuraran ayudar á su madre.

Pero como no son hijos, sino hijas las que doña Nicolasa dió á luz, la pobre señora ha tenido que armarse de paciencia y educarlas de la mejor manera posible, para que las tres puedan llegar á cumplir su misión en este mundo, cuya misión consiste en hallar cada una un hombre honrado con quien unirse en matrimonio... y ¡á vivir, tropa!

Y como para hallar una cosa las más de las veces es preciso buscarla, y como hallar un marido es casi tan raro como encontrar veinte mil duros en medio del arroyo, ¡hé aquí por qué D.<sup>a</sup> Nicolasa busca hace bastante tiempo lo que sus hijas necesitan, y por qué éstas no han encontrado aún los tres prójimos á quienes la buena de la intendenta ha de dar el dulce nombre de hijos, diciéndoles de paso: «¡*Ahí queda eso!*»

Las de Morales son, como he dicho, conocidas en todas partes; si va V. á Recoletos, allí se las encontrará V. sentadas, muy serias las cuatro, sin hablar ni ellas ni la mamá, más que para decirse:—*¡Ahí va Juanito!*—*Ees es el pollo del otro día—¡Mira, mira qué elegante va la Rosales!*—*¡Cómo va luciendo el marido!*—*¡Pues ya está bien desengañada!* etc., etc. Si al capitán general se le antoja pasar revista á la guarnición, al mismo tiempo que van los batallones á formar, van también doña Nicolasa y sus hijas con objeto de recorrer la línea, y como si tuvieran particular interés en admirar la apostura y gallardía del soldado, y en honor de la verdad, debo decir que ellas pasan revista á las tropas con más detenimiento y mayor escrupulosidad que el mismo general, y se informan sobre todo con especial atención del buen porte de los oficia-

les, que son los que deben dar ejemplo al soldado de aseo y marcialidad.

Si hay procesión, ó se celebra el aniversario del Dos de mayo, ó se abren las Cortes, ó se lleva al cementerio á un personaje, no faltarán en la carrera las de Morales, aunque las abraza un sol de justicia; si Fulanito recibe la investidura de doctor en la Universidad, ellas son las primeras que toman asiento en el Paraninfo; si un sabio es recibido académico en la Española, ó en la de la Historia, ó en la de ciencias morales, ó en cualquiera otra academia, allí verán VV. á D.<sup>a</sup> Nicolasa y las niñas oyendo con profunda atención un discurso sobre el arte griego ú otro sobre aquel célebre hecho de las mujeres de Lenmos, que abandonadas, por intrigas de Venus, de sus maridos, ahogaron en una noche á todos los hombres de la isla, ú otro sobre la imprescindible necesidad que tiene de la mujer el hombre, viceversa, para constituir la familia, etc., etc., discursos que luego dan á las de Morales ocasión de hacer caprichosos comentarios, y en los que rara vez dejan de hallar algo que aplicar á sus circunstancias. En Semana Santa recorren todas las iglesias, y se pasan cinco ó seis horas oyendo sermones, sentadas en el santo suelo, si no hay bancos en el templo; y antes, en Carnaval, se han pasado las tres y las cuatro noches seguidas sin pegar los ojos, sofocadas con la careta, bailando con los amigos y bromeando á más y mejor; y en esas noches, hasta D.<sup>a</sup> Nicolasa ha dado sus vueltecitas de wals, porque como tiene buena estatura y buen pelo, con la careta parece otra cosa, y da un petardo á cualquiera, además de que ella es el demonio para eso de embromar y marear á los hombres en las máscaras, tanto, que todos se van tras ella, y se la disputan para bailarla y para llevarla al ambigú, lugar del desengaño, pues una vez allí, la pobre señora no puede más con la careta, y se la quita para *comer á gusto*, y presenta sus tres hijas, cuya presencia consuela al desgraciado mancebo, al mismo tiempo que le pone en el caso de *espontanearse* más de lo que pensaba ó de lo que le permite su condición de oficial 8.<sup>o</sup> de la clase de décimos de un ministerio, ó teniente graduado, ó sargento primero y escribiente de la Dirección de Infantería.

Y todo esto lo hace D.<sup>a</sup> Nicolasa por las niñas, porque ya hay que pensar—y lo está pensando hace ocho años—en que se coloquen, y este resultado no se consigue teniéndolas medidas en casa y sin ver á nadie, sino llevándolas, por el contrario, á todas partes, y adquiriendo amigos, aunque sea en el infierno, para lo cual tiene D.<sup>a</sup> Nicolasa un *don de gentes*, que todos simpatizan con ella y á todos les gusta su conversación, tanto, que si hubiera querido volver á casarse y hubiera mirado más por sí que por las niñas, no le habrían faltado proporciones.

Así es que á las Morales las conoce todo el mundo y todo el mundo va ó ha ido á sus reuniones, que también tienen de cuando en cuando un poquito de baile, al compás de un piano, que no sabe más que una polka, y el tango, que es todo lo que ha podido aprender de oído la hija menor de D.<sup>a</sup> Nicolasa, y un ratito de juegos de prendas y un par de horas de conversación, y por supuesto, una bandeja con vasos de agua, esponjados, bizcochos, magdalenas y pan de higos, que de Valencia envía á D.<sup>a</sup> Nicolasa un hermano de su marido.

Y cada noche de reunión hay seis ú ocho *presentados*, á los que reciben las de Morales con su proverbial amabilidad, procurando doña Nicolasa que todo *presentante*, digámoslo así, enumere las circunstancias y condiciones de todo *presentado*, comunicándoselas ella después á sus hijas, que por su parte hacen cuanto pueden por merecer la simpatía de los recién llegados, posponiendo siempre al pobre que vino antes, por lo cual hay quien dice que el que más distinciones merece en aquella casa es el último que llega.

Conociendo á tan gran número de personas, y siendo las chicas de Morales, como las llaman sus amigos, bonitas y amables, es pru-

dente calcular que tendrán un sinnúmero de apasionados, que cada dos días recibirá cada una de ellas una declaración por lo menos de atrevidos pensamientos, y que si su juventud y su belleza duraran siquiera diez años más, podrían decir que todos los habitantes masculinos de Madrid, excepto los niños y los ancianos—(como se advierte en las notas de los carteles de los novillos, para evitar desgracias)—habían sido pretendientes suyos.

Las de Morales no se ocupan en nada; sólo la madre suele de vez en cuando dedicarse á repasar la ropa y á quitar ó poner volantes á los vestidos de las niñas, ó á arreglar los fichús del año pasado para que puedan servir en el presente, ó á poner el cuerpo de un vestido blanco en la falda dó un vestido negro, ó viceversa, y á otras pequeneces por el estilo; pero diez ó doce veces al día tiene que tirar la aguja, porque vienen visitas, y no está bien que las niñas las reciban solas, además de que siempre sucede que la mayor está sin peinar, y la mediana se está peinando, y la menor va á peinar á la mayor.

Una cosa extraña sucede en casa de D.<sup>a</sup> Nicolasa: que cada año se releva la guarnición, es decir, que cada año van distintas personas á sus reuniones: hace dos años iban todos los escritores, poetas y periodistas de la villa, y el año pasado sólo iba la oficialidad de la guarnición, de alférez á capitán inclusive, y en el presente sólo van los vecinos de la casa.

Eso sí, con la vecindad siempre está en buenas relaciones la intendenta, y muchas veces sucede que la niña mayor está en el cuarto principal, y la menor en el segundo, y la mediana en el bajo; y esto lo hacen no más que con objeto de hacer conocimiento con las personas que visitan á los vecinos, y extender de esta manera su ya imperecedera fama.

Y en tanto pasan los años, y las tres hijas de Doña Nicolasa continúan sin novedad en su estado de merecer, y cada diez días tienen dos de un humor de todos los diablos, porque su amiga Fulana se ha casado, ó porque su vecina Zutana se va á casar, ó porque á Mengana la pretende un Marqués, ó por otros motivos por el estilo.

Paes, ¿por qué no se casan esas pobres chicas? preguntará el lector.

No se casan, porque hace mucho tiempo que desean casarse, y porque no han sabido disimular el deseo que las animaba á poner buena cara á todo el mundo masculino y á recibir en su casa á todo bicho viviente, soltero ó viudo, suponiendo que entre muchos alguno había de entrar por el aro.

Pero nada, no ha habido novedad, cuando nacieron las tres hijas del intendente, la naturaleza se olvidó de enviar por otro lado sus tres medias naranjas; esta es la causa de que ellas no las hayan podido encontrar todavía.

Días pasados estuve á visitarlas, y hallé sola á la madre, quien me habló poco más ó menos en estos términos, contestando á mis preguntas acerca del estado de sus hijas.

—Ellas y yo estamos aburridas, porque ya ve usted, al fin somos cuatro, las cosas ya sabe V. como están; y con mi viudedad, por más que la estiro, no se pueden hacer muchos milagros, porque ya ve V., las niñas—y la que menos tiene veintisiete años—tiene que vestirse; y como á una la conocen en Madrid hasta las piedras, y siempre nos han visto, vamos si no con lujo, al menos decentes, si ahora nos presentásemos de cualquier manera, sería exponernos á la crítica, porque ya lo sabe V., en el día más se mira al traje que á la persona, y en cuanto á una la ven caída, ya no hay quien le dé la palabra de Dios. Y no crea V. que gastemos en regalarnos, no, señor; aquí—á V. se lo digo porque es de confianza—no salimos de sota, caballo y rey, y gracias... Y luego, si las niñas se colocaran, pero si, si, ya baja; á la mayor le hace cocos ahora un viudo, buen hombre, eso sí, con seis hijos de su difunta, muy formal y que hará feliz á una mujer; pero ya ve V., el pobre no tiene más que 25 duros al mes en la Vicaría, donde está empleado; aquí le queremos mucho, y él también nos quiere extraordinariamente, lo mismo que sus

chicos, que son de la piel del diablo, y que se han aficionado de tal manera á nosotras, que ya no quieren comer con su padre, sino que aquí se vienen á comer diariamente los angelitos; á Cándida la quiere un capitán de la Guardia civil, arrogante figura, un mocetón que no cabe por esa puerta; pero tienen tres hermanas que dependen de él, y es natural, no quieren que se case, porque entonces ellas perderían ese arrimo, y él no sabe qué hacer, y no acaba de decidirse en un año que hace que me habló de sus buenas intenciones; la otra no tiene novio ahora, y como ve que sus hermanas lo tienen, malo ó bueno, siempre está de punta con ellas, y siempre andan á pícame Pedro, que picarte quiero, y arman cada pelotera, que sólo yo puedo sufrirlas...»

No quise oír más; miré el reloj, dije que era demasiado tarde para mí, y me despedí de D.<sup>a</sup> Nicolasa, á tiempo que se presentaban los seis chicos del viudo, armando un estrépito infernal y trayendo cada uno un pedazo de pan que, al entrar, les había dado la criada en la cocina.

Si se casan las hijas de D.<sup>a</sup> Nicolasa en vida de un servidor de VV., lo avisaré oportunamente! pero preveo que las hijas de D.<sup>a</sup> Nicolasa no se casarán, ya he dicho por qué.

Y ahora dígame francamente el lector: ¿no es verdad que hay en Madrid muchas señoras parecidas á las de Morales?...

CARLOS FRONTAURA.

## LA COCINA MODERNA

Addison decía: «cuando veo esas mesas cubiertas con todas las riquezas de las cuatro partes del mundo, me parece estar viendo á la gota, la fiebre, la hidropesía y la apoplejía emboscadas debajo de cada plato». Cerremos este artículo, prescindiendo de la cocina moderna como de las antiguas, para dar un útil aunque sucinto resumen de la acción de los alimentos.

Los alimentos *dulcificantes*, harinosos, grasas, aceites, legumbres, pescados, carnes blancas, leche, crema, etc., etc., convienen á los niños, á las personas irritables, á los convalecientes, á los sedentarios, á los que tienen el pecho y el estómago delicados, y á todos en general después de emociones violentas; pero *abusando* de ellos, relajan los órganos digestivos, desárrrollan gases, disminuyen la actividad del cuerpo y del espíritu, y aflojan y enfrían el organismo.

Los alimentos *refrescantes*, frutos, suero, legumbres de varias especies, agua, etc., convienen á los jóvenes sanguíneos, á las personas muy gruesas, las que padecen de inflamaciones, á las de pasiones violentas y á las que necesitan llevar la calma á un cuerpo y á un espíritu agitados, pero *el abuso* perjudica al desarrollo del calor necesario para la digestión y ocasiona el enflequecimiento y la debilidad general.

Los alimentos *fortificantes*, las carnes rojas, el pescado que la tiene dura y grasienta, el pan, las lentejas, los vegetales amargos, el vino mezclado con agua, son propios de las constituciones robustas de los adultos que se sienten bien en medio de sus faenas, aunque sean fatigosas; pero *el abuso* conduce á hacer mucha sangre, expone á inflamaciones, á la apoplejía y á la gota; este régimen es además un estímulo para la violencia de los caracteres.

Alimentos *irritantes*, carnes oscuras, berros, pimienta, vainilla, frituras, café, licores, convienen á pocos; cuanto más débil ó más nerviosa sea la persona, menos uso debe hacer de ellos; con *el abuso* de este régimen se exaltan las pasiones, se agría el carácter y se contraen afecciones del hígado, parando no pocas veces en la hipocondría.

## PERFILES Y SILUETAS

MARIA BUSCHENTAL

En el libro *La Sociedad de Madrid*, del

conde Vasili, al que hemos dedicado algunos artículos, hay un pasaje consagrado á la ilustre señora de Buschental. Trata con evidente malevolencia á esta nuestra insigne amiga, lo que nos fuerza á restablecer la verdad desnaturalizada por la pasión ó por la ignorancia.

Dice, entre otras cosas, el conde Vasili:

«El salón principal de la señora Buschental es un palco proscenio del Teatro Real, justamente debajo del que ocupa el rey. Recibe en su casa dos días por semana, cuando no hay función en el Teatro Real. Cuando termina la temporada musical, hace sus maletas y parte para París, donde habita el primer piso del Hotel Continental. Apenas llega, la colonia española la rodea. Su salón está frecuentado por hombres, y sólo de tarde en tarde, se vé una dama en él, por más que se encuentra en las mejores relaciones con la aristocracia madrileña.

»María Pereira, hija de una baronesa brasileña, casó en Río Janeiro con M. Buschental. Era éste, originario de una familia israelita de Strasburgo. Llegó á Madrid, ya casado, y se hizo español y obtuvo ser elegido como diputado á Cortes, pero cuando quiso tomar la palabra, provocó tal risa, que hubo de renunciar á su algarabía franco-hispano-alsaciana.

Vivió con gran tren, fué amo de Salamanca, se mezcló en todos los negocios españoles, y acabó por irse á fondo. Partió entonces para Montevideo, rehizo su fortuna, y se naturalizó como ciudadano de la República oriental, y representó á su tercera patria en Nápoles. De vuelta á la América del Sur, abarcó los negocios del Uruguay, del Paraguay y de la Plata, y en 1870 vino á Londres, donde murió, dejando á su esposa sus asuntos muy embrollados, pero en el fondo una verdadera opulencia.

»María Buschental que se distingue por sus escentricidades, es mujer prudente y de clara inteligencia. Ha perdido á muchas de las ilustraciones del país que formaban su tertulia.

»Es la única gran señora republicana, y confiesa sus opiniones en alta voz. ¿Por qué se ha hecho republicana? Se ignora. Bajo el reinado de la reina Isabel, María de Buschental, era una de las intimas de la corte, hasta el punto de que tuteaba á S. M. Hoy la riquísima brasileña, ejerce gran poder en la oposición.

»Su palco puede contener hasta treinta personas. Es un verdadero salón. Se vé en él de la gran *facciosa*, á los hombres más notables de la política y de las letras: Castelar, el duque de Fernán-Núñez, López Domínguez y otros ciento, todos eminentes en su esfera. La aparición de la señora Buschental en el teatro, es un acontecimiento, porque lleva todas las noches trajes distintos, en los que brillan la riqueza y la elegancia.

»Se hace vestir en París, y sospecho que ella misma dirige la elección de las telas y la moda de sus vestidos.

Es viva, alegre, espiritual y de una energía indomable, de tal suerte que su amistad es tan sincera como su odio. No aconsejaré á nadie que la ofenda, porque es temible su rencor.»

No es exacto que sólo hombres frecuenten su casa. Todos los domingos recibe á muchas señoras, y en su palco se ven algunas de las más bellas y distinguidas de Madrid.

En efecto, el Sr. Buschental fué diputado, pero no llegó á tomar asiento en las Cortes, porque siendo protestante, no quiso someterse al juramento católico. No pudo, pues, pronunciar ese discurso risible que ha imaginado el conde Vasili para dar color á su pintura.

Tampoco es verdad que se naturalizase de nuevo en la República Oriental. Estuvo en Nápoles con una misión especial y aprovechó la ocasión para arrancar de las mazmorras del rey Bomba, á Poerio y sus compañeros de martirio con el pretexto de colonizar las tierras americanas, y en realidad para ponerles en libertad, servicio á la democracia italiana que no han olvidado los viejos patriotas de aquel país. Por su parte el rey le distinguió con la gran cruz de San Genaro.

¿Queréis saber por qué María Buschental es republicana? Muchos afectan creer que la ha llevado á esa resolución, extraña una dama de la alta sociedad madrileña, pero que es frecuente en las sociedades extranjeras, el deseo de señalarse, agravios que vengar ó un capricho femenino. Nada de eso. El sentimiento republicano que hoy agita el gran corazón de María Buschental, es obra lenta y laboriosa de todo su pasado, que en estos últimos años, ha llegado á la plenitud del desarrollo y de la fuerza.

Nacida en América pasó los días de su infancia, unas veces en la corte imperial del Brasil, otras en inmediato contacto con la naturaleza de los trópicos, en vastas posesiones, á la sombra de los bosques y praderas que ciñen la zona tórrida, como chal persa el talle de una sultana. Allí se formó su carácter indomable é independiente. Montaba los salvajes caballos de la pradera como un indio bravo y en más de una ocasión la tierna niña pasó sin sobresalto por los terrores nocturnos y los combates de las tribus nómadas de las soledades americanas.

Casada á los trece años con el célebre banquero Buschental, de la libertad de sus selvas pasó bruscamente á Europa, y á Madrid, donde imperaba entonces el más embrutecedor y abyecto de los moderantismos. Alboreaba el sistema constitucional, y la joven, que llevaba aún en el alma y en los ojos la agreste independencia de su infancia, figuró entre las pocas altas señoras liberales de la época. Su salón, en el que todas las opiniones tenían un puesto y agasajadora acogida, se inclinaba no obstante visiblemente del lado de la libertad.

Allí se encontraban los Argüelles, los Calatrava, Martín de los Heros y otros muchos de gran nombre.

Las conspiraciones de la época en favor del régimen liberal, se anudaban muchas veces en el hogar de la joven *heldad*; pero entonces su edad y los triunfos de su belleza y de su fausto, no la consentían fijar largo tiempo la atención en aquellos graves dramas que se desarrollaban á su vista.

Sólo cuando llegaba la catástrofe, María entraba en escena, para amparar á los vencidos, interponiendo su influencia con los vencedores. De su casa salieron muchos para el destierro, no pocos para el poder y algunos para el cadalso. Limitábase entonces al papel de Ofelia en el sombrío drama, á cubrirlo con las flores y las frívolas risas de una juventud despreocupada y alegre.

Pero en 1848, Narvaez desterró á Salamanca, y Buschental, su socio, sufrió la misma suerte, como complicados ó simpatizadores en los movimientos revolucionarios de aquel año. Este destierro arruinó á ambos banqueros. Buschental partió á América en demanda de nueva fortuna dejando á su joven esposa en Madrid.

Esta ruina proporcionó á María ocasión de mostrar su grandeza de alma. Podía disfrutar de todas las ventajas de su fortuna. Los acreedores del banquero desterrado, todos reaccionarios y puestos de acuerdo para ultimar la ruina de su enemigo, hicieron saber á su esposa que si reclamaba su dote, que importaba algunos millones, en perjuicio de ellos, se declararía la quiebra fraudulenta y el nombre de su esposo sufriría las consecuencias.

La noble María no vaciló un momento. Abandonó toda su inmensa fortuna privada en manos de los acreedores de su esposo y se condenó voluntariamente á la miseria. Salvó la honra de su marido, á costa de un bienestar positivo, que la ley misma amparaba, que era legítimamente suyo.

Pasó María algunos años en situación próxima á la pobreza. La mujer que había habitado en suntuoso palacio, con innumerable servidumbre, con regios trenes, vióse reducida á vivir en un modesto cuarto segundo de la calle del Príncipe, y andar á pie por Madrid.

(Se continuará.)

## REVISTA DE MADRID

Estamos en el mes del año que el tiempo ha elegido para rejuvenecerse.

En él comienza á desnudarse del macilento ropaje de la ancianidad, y abandonando el frío mortal de la vejez, se reanima con el calor de la vida, y quieras que no quieras, la naturaleza avara algunas veces, y otras muchas manirrota, abre su guardarropa y allá va la casa por la ventana.

Abril es el mes deseado de los hombres y de la naturaleza; bajo su imperio brilla el sol con más fulgor, brotan de la tierra campos llenos de vida y de verdor, y las montañas se descifren sus blancas túnicas, y las fuentes rompen sus cristalinas ligaduras.

Abril es el padre de la primavera, el mes de la fecundación, el deseado de los amantes. Es también el que presencia la segunda temporada de nuestros troyanos y el que abre de par en par las puertas de nuestros circos taurinos: ¡contraste singular! En el mes de la Resurrección y de la vida se inaugura el espectáculo de la muerte; ¿será que nuestro carácter exige siempre cuadros sangrientos? No lo sabemos; sólo podemos decir que el pueblo de carácter más caballeresco y generoso, es el pueblo también partidario de las luchas cruentas.

¡Caprichos de la naturaleza humana!

En las mañanas de Abril algunos de los habitantes de esta villa y corte, acostumbramos salir de nuestras viviendas, apenas comienza á rayar el alba, con objeto de admirar las maravillas de la naturaleza y de que nuestros pulmones aspiren aire puro y sano.

Cuando salimos de nuestras casas el sol asoma su rostro de fuego por entre los árboles del Retiro y del paseo de la Castellana, hermosos paseos que nos hacen olvidar la vasta sábana de polvo que nos envuelve como si fuera un sudario.

Pero si es pobre, árida y desnuda de toda vegetación la campiña; si no tiene árboles, arroyos, pájaros ni flores que ofrecer á la metrópoli de España, en cambio la bóveda del cielo que la sirve de dosel, ostenta un azul purísimo, como no es dado contemplarlo más que en la virgen América ó en la risueña Italia.

Y nunca se muestra el firmamento tan terso como en estas espléndidas mañanas; las nubecillas impelidas por el céfiro, flotan delante del sol, purpúreas unas, doradas otras; estas de azul del cielo, aquellas de azul oscuro, formando los más bellos cambiantes, las más caprichosas figuras.

Los cerros que circuyen á Madrid, son yermos durante diez meses del año; pero hay dos en que se revisten de grama, como si quisieran celebrar de algún modo la vuelta de la alegre primavera, y estos son los meses de Abril y Mayo.

Entonces los escasos árboles, ostentan orgullosamente su ramaje, los arroyos que deben el ser á las aguas primaverales se destrenzan en mil hebras de plata, y la alfombra de musgo aparece cubierta de florecillas blancas, azules y amarillas, que se balancean mecidas por la brisa susurrante.

Entonces el ambiente está saturado con los perfumes de la retama y la manzanilla, y hasta los insectos vienen á poblar esta ilusoria y percedera vegetación; hasta los pájaros atraídos por el murmurio de las fuentes que brotan de las rocas y arrastran sus aguas tardas y escasas sobre las guijas, vienen á suspender sus nidos las ramas de los árboles.

Mas cuando llega el mes de Junio, cual si se operara un cambio de decoración, desaparece el variado panorama, y en su lugar, sólo se descubre por doquiera un arenoso páramo.

Los árboles pierden sus renuevos; se agosta la alfombra de los prados; las florecitas doblan el mustio cáiz; se secan las fuentes, y las aves asustadas corren á llevar á sus hijos recién nacidos bajo un cielo más benigno.

Pero esto sucede en el mes de Junio, y las mañanas á que nos referimos, estaban engalanadas con los encantos de Abril. Tan suaves son los resplandores del cielo; tan práctico el paisaje que se despliega por todas partes, que hasta las casas negruzcas de la villa del oso y el madroño parecen menos tristes. Porque en Madrid como sucede en todas las poblaciones grandes, el que se aparta del centro y dirige sus pasos á los extremos, solo halla edificios ruinosos, calles sucias y estrechas, rostros torvos y tostados, cual

únicamente se concibe que puedan verse en las lejanas aldeas y en el corazón de los bosques!

Sonríe la aurora mientras los privilegiados de la fortuna duermen con un sueño agitado por el recuerdo de las orgías nocturnas, los pobres y los afligidos entreabren sus ventanas, ansiando respirar la brisa matinal y olvidar con la contemplación del cielo, puro y transparente, los abrojos de la tierra.

¡Ah! los desheredados de la fortuna y los agobiados por padecimientos tanto físicos como morales, son los únicos que asisten con todos los demás seres de la naturaleza a las fiestas de la creación; son los únicos que experimentan suaves delicias al ver brillar entre la yerba un rayo hermoso de sol; son los únicos que comprenden el misterioso lenguaje de las plantas y las flores, porque su alma acrisolada por la desdicha se halla más cercana a su Creador; porque purificada por las lágrimas, se hace tan espiritual como la de la naturaleza, y por esto ha dicho Jesucristo que de los pobres y los afligidos será el reino de los cielos!

A medida que se ven privados de los bienes terrestres, gustando los inefables gozos espirituales, y a veces apura más placeres el pobre a la vista de una risueña campiña, que el rico en un salón espléndido, pisando ricas alfombras, oyendo músicas deliciosas, aspirando balsámicos perfumes.

¡Oh, bendito sea el sol, que derrama sus rayos vivificadores sobre todos los seres; benditas sean las plantas y las flores, los arroyos y las aves, que tienen para todos perfumes y aromas; bendita mil y mil veces la naturaleza que reparte por igual sus bellos dones!

Tan pronto como traspasamos el Prado y penetramos en el Retiro, la brisa matinal y los perfumes del ambiente parecen que regeneran por completo todo nuestro ser.

Hay en el Retiro una deliciosa plazuelita en cuyo centro se eleva un ciprés, regado, según la tradición popular, por las lágrimas de una reina amante y desdichada.

Nos sentamos en uno de los bancos que la rodean y allí nos entregamos por largo tiempo a serias y largas reflexiones.

Delicioso es el cuadro que se despliega a nuestra vista.

Los árboles, agitados suavemente por la brisa, destacan su follaje sobre el azul del cielo; las aves gorgorean entre las ramas; la atmósfera está saturada de perfumes y es tan augusto el silencio, que se oye el aletear de los insectos y los lejanos murmullos de las aguas.

Entregados a nuestra meditación vemos como la tierra se deshace en perfumes; el cielo se cubre de encajes, y la mañana se eleva por el horizonte llenando el espacio de vivos reflejos, de vagos matices, y trae, para cada flor, para cada vástago, para cada hoja, un aderezo de gotas de rocío que brillan a los rayos del sol lo mismo que las perlas.

De nuestros labios se escapan estrofas de algunas de las más bellas e inspiradas poesías de nuestros preclaros poetas.

Hé aquí una estrofa de Manuel del Palacio:

«¡Bendita Primavera,  
Símbolo de la infancia!  
¡Dichoso aquel que aspira  
Tu mágica fragancia,  
Y por la vez primera  
De amor cede al poder!  
¡Que cuando sopla airado  
De Invierno el cerzo rudo,  
Mejor el árbol troncha  
Que sólo está y desnudo  
Que el que miró a su lado  
Sus vástagos crecer!»

Otra de Gertrudis Gomez Avellaneda:

«Huyó el Invierno sañudo  
Y luce brillante el sol  
Que el pálido velo rasgando glorioso  
Difunde en la tierra benigno calor.  
Se cubre el campo aterido  
Con halagüeño verdor;  
Del dulce Favonio los hálitos puros  
Suceden al soplo del fiero Aquilón.  
¡Salud, bella Primavera!  
¡Salud, feliz estación;  
Tu grata sonrisa, que vida difunde,  
Perfuma los aires, colora la flor.  
Vencedora del Invierno  
Llegas vestida de albor,  
Los valles se alegran, las fuentes murmuran,  
Las aves entonan sus himnos de amor.

Brota el germen, escondido  
De la escarcha en la prisión.  
Y brumas, y hielos, y nieves disipa,  
Tu impulso de vida, tu soplo creador.»

Otra de Eusebio Blasco:

«Ya del almendro la abundante rama  
Florece perfumado el verde prado;  
Canta el jilguero en la tupida grama  
Con trino enamorado,  
Rompe la tierra el refulgente arado,  
Despiertan los pastores,  
Renueva el campesino sus labores:  
De la fragante acacia ayer dormida  
Brota la flor que infunde en nuestra vida  
Blando, excitante, embriagador aroma;  
Ya la gentil paloma  
Tiende su vuelo por el aire puro,  
Y el ancho espacio hiende  
Para llegar al tapizado muro,  
Donde el fresco rosal sus ramas tiende,  
Y en el que aguarda el casto compañero  
Que al dulce amor primero  
Despierta palpitante,  
Viendo llegar la tierna esposa amante.»

Y después de haber recitado mil y mil trozos de bellísimas poesías no puede el pensamiento olvidar que tras estas hermosas mañanas está la tarde con toda la pompa de su riqueza, con toda la majestad de su fausto.

En las tardes de Abril la naturaleza parece asombrada de su propia opulencia; el aire vuela imponiendo silencio; el agua corre murmurando en voz baja; las hojas de los árboles se acercan unas a otras para hablarse al oído, y las copas de los álamos se alzan y se inclinan lentamente como si quisieran exclamar: ¡Oh, esto sí que es grande!

Después llega la noche, y con mano invisible va encendiendo el resplandor de las estrellas, y poco a poco se van iluminando las soledades del espacio.

Cada estrella que brilla en la bóveda celeste parece una lágrima, como si la luz, enlutada por la sombra de la tristeza, se deshiciere en llanto al contemplar las desdichas de la tierra, ó más bien como si el cielo fuese el paño de lágrimas del universo.

La alegría de la mañana, majestad de la tarde, ó la tristeza de la noche hace que la naturaleza aparezca a nuestros ojos como en el primer momento de su vida; podríamos muy bien creer que la sorprendemos en el primer instante de la creación, que asistimos a su nacimiento, que recogemos sus primeras sonrisas, sus primeros pensamientos, sus primeras lágrimas.

Abril es el espíritu misterioso que infunde en su ser tantas maravillas.

Este mes, dice Selgas, viene a ser la gran Exposición que anualmente abre la naturaleza a la admiración de los hombres. Su palacio es el mundo.

Nuestro ilustrado y querido compañero Luis Vidart llora en estos momentos una gran desgracia.

Ha perdido a su hija Isabel, de diez y nueve años de edad, y los que le conocen saben cuanto la amaba, y comprenden el inmenso dolor de que debe estar poseído.

En estos terribles trances es cuando más se comprende la eficacia y el poder de la amistad y el compañerismo para llevar al ánimo la resignación y el consuelo.

Dios reciba en su santa gloria a la que fué modelo de hijas y que desde muy temprana edad supo hacerse amar y respetar de su idolatrada familia y de cuantas personas la han tratado.

Amigos y compañeros del desconsolado padre, que hoy llora la inmensa pérdida que acaba de experimentar, nos identificamos con su pena y hacemos votos porque descienda a su abatido ánimo la resignación y el consuelo.

Estamos en plena época de los sermones y de los conciertos clásicos.

El elemento intelectual predomina decididamente en este tiempo del año.

Parece que al resucitar la naturaleza con las primeras sonrisas primaverales, el espíritu necesita también recibir impresiones nuevas y nuevas ideas que le fortifiquen para las eternas luchas de la vida terrenal.

Cuando la Primavera llega sentimos despertarse nuestras ideas con la hoja, con las flores y con el ave.

Cuando la Primavera canta, sentimos un cántico en el interior de nuestra conciencia.

Cuando la Primavera pinta, creemos que también pinta las alas de nuestra alma.

La religión, redoblando en esta época del año sus plegarias y sus predicaciones, refresca en las almas los más sublimes ideales, y las enaltece y las eleva, agitando en los espíritus esas inacabables aspiraciones hacia la verdad y hacia el bien que constituyen el anhelo supremo de la humanidad.

El arte parece que se ha puesto de acuerdo con la religión para completar la obra regeneradora de esta.

La música tiene mucho de religión.

El ánimo entristecido se espacia y se consuela en el seno del arte musical.

Entre todas las manifestaciones del arte, ninguna tan íntima como la música. Ciertamente que sus medios de expresión no son perfectos; cierto que ha menester del alma de la poesía para avivar recuerdos y despertar emociones; cierto que en su desenvolvimiento a través de las edades, si unos pueblos le han atribuido el poder de inspirar la alegría ó la tristeza, otros con grave menoscabo de la belleza que realiza, la han tenido en poco aprecio, considerándola como frívola, inútil y aún peligrosa; pero si la arquitectura es muchas veces la revelación viva de los tiempos que pasaron; si la escultura muestra el ideal de la hermosura y de la belleza tal como la soñaron los artistas; si la pintura expresa la vida y el sentimiento, las emociones y las pasiones del corazón, los estados y las luchas del alma en la fisonomía y en las actitudes de los personajes, la música hace resonar las cuerdas más íntimas del alma y reproduce el pesar y la alegría, la esperanza y la desesperación; todos los movimientos, todas las pasiones que se operan y se agitan en ese mundo del sentimiento que dentro de nosotros existe. No expresa juicios, pero llega hasta el límite último del sentimiento; no trae ideas a la conciencia; pero por medio de sublimes armonías y de cadenciosas notas, inunda el alma de inefables emociones.

Menos perfecta que otras artes, la música ha menester de intérpretes inspirados para realizar sus fines.

El genio sublime de Chopin brilla con más esplendores resplandores, Albeniz con arte mágico de sus dedos que tiene todos los ecos del sentimiento y todos los matices de la pasión, llenan el aire con las melodías del gran compositor polaco; la inspiración de Mozart llega al último punto de la sublimidad y de la grandeza, cuando encuentra en Monasterio intérprete digno de su genio, y la música romántica de Mendelssohn, melancólica y apasionada, aparece a nuestros ojos como un portento del arte, cuando ha encontrado en Sarasate su fiel, su brillante traductor.

Los conciertos del teatro del Príncipe Alfonso, de la Unión Artístico Musical y del Salón Romero mantienen vivo el entusiasmo por el arte musical, entre lo más culto de las clases de la sociedad, que acude gozosa a escuchar esos notables conciertos clásicos, que tanta boga han llegado a alcanzar y que no puede negarse han influido no poco en la cultura popular.

Por eso decíamos antes que la música tiene mucho de religión.

Sus melodías, ora tiernas, sentidas y dolientes, como un gemido de dolor; ora alegres, conmovedoras y festivas, como el canto de un pájaro; ora grandiosas, avasalladoras y magníficas, como el ronco bramido del trueno y el silbar aterrador de las tempestades, ejercen en el espíritu una influencia incontestable y le predisponen al culto de los grandes idealismos y de los grandes entusiasmos.

El arte cumple esta elevada misión acaso instintivamente y sin darse cuenta de las misteriosas causas que le empujan; acaso cediendo al impulso de esas leyes inexcrutables que rigen las evoluciones eternas de la vida.

\*\*\*

Los templos también se llanan de fieles que van a escuchar la palabra divina.

La oratoria sagrada hace en esta época del año sus más preciadas galas.

Desde los púlpitos descienden hasta nuestros oídos palabras severas que nos recuerdan la nada de nuestro ser, los huecos de nuestras ambiciones, lo baladí de nuestros triunfos, la ceniza de nuestras quimeras más ardientes.

La oratoria cristiana nos convoca a la meditación. Y esta meditación hace que nuestra memoria se ilumine con la inextinguible luz de los recuerdos.

Parece que por todas partes vemos levantarse la

gran figura del que se ofreció como víctima para salvar al género humano.

La proximidad de la época en que la Iglesia conmemora el sublime misterio de la rendición, viene a pedirnos una lágrima y un recuerdo.

¿Seremos tan ingratos que nos atrevamos a negar ambas cosas?

De la oratoria sagrada pasemos á la oratoria artística.

Antonio Vico, el artista predilecto del público madrileño, á quien tantas veces hemos aplaudido interpretando de magistral manera y con inspiración ardiente los personajes creados por poetas tan esclarecidos como Ayala, Zorrilla, Tamayo, Echegaray, Sellés, Cano y tantos otros que sería prolijo enumerar, ha dejado oír su voz en la cátedra del Ateneo Científico, Literario y Artístico de Madrid para hablarnos de los tres gigantes de nuestra escena que se llamaron en el mundo Máiquez, Latorre y Romea.

Después de un exordio sentido y pronunciado de la manera que Vico puede hacerlo, expuso los datos biográficos más principales de los tres primeros actores españoles de este siglo señalando con discreción las cualidades sobresalientes que los distinguían y dando cuenta de algunas ignoradas anécdotas que dieron amenidad al relato.

Después de consignar en conciencia que aplaudimos de buena fe á Vico al terminar la exposición de las tres biografías, cuyos datos conocemos, puesto que los hemos consignado en nuestro libro *Músicos, poetas y actores*, manifestaremos con toda la imparcialidad y sinceridad que nos caracteriza, que para exponer tal y como lo hizo, nuestro querido artista, las biografías de Isidoro Máiquez, Carlos Latorre y Julián Romea, podía haber excusado el dar su conferencia en el Ateneo, puesto que ningún ignorado continente nos ha revelado.

Es verdad que después leyó el Sr. Vico algunas consideraciones sobre la situación actual de nuestro

teatro, doliéndose, no con gran razón á nuestro juicio, de la poca fortuna de los actores y de la escasa protección que merecen al gobierno, concluyendo su conferencia con algunas ligeras cuanto discretas observaciones acerca de lo que debe ser la declamación en la tragedia, en el drama histórico y en la comedia de costumbres.

¡Lástima grande fué en verdad que cada uno de estos temas no hubiera sido tratado con el tino y amplitud que la materia requería!

La tesis que nuestro renombrado actor debió explicar en el Ateneo debió ser muy otra. No basta demostrar que conoce las biografías de Máiquez, Latorre y Romea, esto podrá merecer la atención y el aplauso de las personas poco versadas en este género de estudios, pero no es digno del artista que nuestro público ha colocado en primera línea.

Si nos hubiera dicho la manera íntima y poco conocida del artista dramático, cómo concibe y cómo desarrolla las creaciones inspiradas de nuestros poetas, entonces habrían salido satisfechos del Ateneo hasta los menos fáciles de contentar.

Esta tesis, verdadera, genuina, propia de un artista de talla de don Antonio Vico, hubiera surgido de sus labios espontánea é instintivamente cual creación maravillosa de su artística fantasía.

Vico es un actor notabilísimo: su figura es excelente, su rostro expresivo, su inteligencia nada común, sus maneras distinguidas; tiene sensibilidad, y en ciertos momentos se eleva á las cimas del arte, produciendo el mayor entusiasmo entre los que le escuchaban.

En los comienzos de su carrera hallábase circunscrita la acción del arte que personificaba en España á la elegancia en el decir, á la modulación artificiosa en el acento, á la relación del gesto con la idea que el actor expresaba, á la elegancia de la postura y á cierta mera realización externa de la belleza dramática.

De suerte que más que actores, parecen candentes

lectores que ayudaban á la ilusión del oyente con todo lo menos posible en cuanto al concurso de las artes auxiliares.

Afortunadamente para el arte escénico, el señor Vico rompió aquellos estrechos límites, desde que se puso en contacto con el señor Echegaray.

La transformación que sufrió nuestro glorioso artista fué completa.

Contraíase antes el señor Vico á decir con énfasis determinadas partes de papel, abusando de un gesto cuyo éxito tenía aprendido, y que consistía en agitar violentamente los brazos mientras que se precipitaban las palabras á borbotones de sus labios y luego volvía á caer en una languidez y atonía, de que no se despertaba sino á hora fija, cuando tenía preparado otro segundo efecto.

Llegó un día en que el señor Echegaray trajo á la escena española tipos muy especiales, nuevos en ella, que no podían representarse con los recursos que facilitaba el ejemplo de los actores en quienes había estudiado el señor Vico y entonces se reveló por entero tal vez sin conciencia misma de éste, toda la intensidad del arte dramático, que tenía latente dentro de sí.

Ya ve el señor Vico que le tratamos con toda imparcialidad.

Hemos dicho de su conferencia lo que en conciencia nos ha parecido, y hemos expuesto el concepto artístico que nos merece de la misma sincera é imparcial manera.

Pero antes de terminar, no podemos menos de confesar que el discurso del señor Vico, excepción hecha de lo apuntado, no sólo es bello sino ameno.

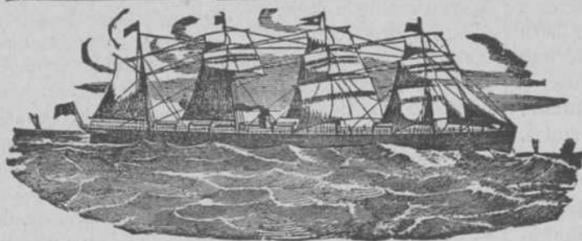
Difícil es imaginar nada más discreto ni más elegante en cuanto á la forma.

Todos cuantos asistieron en la noche del día 9 del actual al Ateneo, salieron deshaciéndose en alabanzas del discurso que acababan de oír.

ANTONIO GUERRA Y ALARCÓN

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE ULPIANO GÓMEZ Y PÉREZ

## ANUNCIOS



SERVICIOS  
DE LA

### COMPañIA TRASATLANTICA

DE BARCELONA

VAPORES-CORREOS Á PUERTO-RICO Y HABANA

con escala y extensión á las Palmas,  
Puertos de las Antillas, Veracruz y Pacífico.

Salidas trimestrales

De Barcelona, el 5; Málaga, el 7 y Cádiz el 10 de cada mes, para Palmas, Puerto Rico, Habana y Veracruz.

Santander el 20, y Coruña el 1, para Puerto-Rico y Habana.

Barcelona, el 25; Málaga el 27, y Cádiz el 30, para Puerto Rico, con extensión á Mayagüez y Ponce, y para Habana, con extensión á Santiago, Gibara y Nuevitas, así como á La Guaira, Puerto Cabello, Sabanilla, Cartagena, Colón y puertos del Pacífico, hacia Norte y Sud del Istmo.

El 10, de Cádiz, el vapor *España*.

El 20, de Santander, *Méndez Núñez*.

El 30, de Cádiz, *Antonio López*.

VAPORES-CORREOS A MANILA

con escalas en

Port-Said, Aden y Singapore, y servicio á Ilo-Ilo y Cebú

SALIDAS MENSUALES DE

Líberpool, 15; Coruña, 17; Vigo 18; Cádiz 23; Cartagena, 25 Valencia, 26, y Barcelona 1.º, fíjamente de cada mes.

El vapor *España* saldrá de Barcelona el 1.º de Mayo próximo.

Todos estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros, á quienes la Compañía dá alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebaja por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila á precios especiales, para emigrantes de clase artesana y manual, con facultad de regresar gratis dentro de un año, si no encuentran trabajo.

La Empresa puede asegurar las mercancías en sus buques. Para más informes en

Barcelona: *La Compañía Trasatlántica*; y Sres. Ripol y Compañía, plaza de Palacio.—Cádiz: Delegación de *La Compañía Trasatlántica*.—Madrid: D. Julian Moreno, Alcalá.—Líberpool: Sres. Larinaga y Compañía.—Santander: Angel B. Pérez y Compañía.—Coruña: D. E. de Guardia.—Vigo: D. R. Carreras Irigorri.—Cartagena: Bosch hermanos.—Valencia: Dart y Compañía.—Manila: RS Administrador general de la *Compañía general de Tabacos*.

## EL PROGRESO EN 1886

SEXTO AÑO DE SU PUBLICACION

La importancia adquirida por EL PROGRESO, que á los seis años de existir figura entre los tres ó cuatro periódicos de mayor circulación de España, á la cabeza de los de gran tomaho, le impone deberes para con el público que e de tan extraordinaria manera le ha favorecido.

Por esta razón todo sacrificio para corresponder á los favorecedores que nos dispensan nos parecen insuficiente y nuestros esfuerzos irán encaminados á consolidar la predilección con que nos distinguen.

### LA REFORMA AGRICOLA

Periódico quincenal de intereses materiales. Se regala á los suscritores de EL PROGRESO que paguen por semestres adelantados con todos los beneficios establecidos para los suscritores directos como son: la adquisición á plazos ó con notables rebajas, de toda clase de máquinas é instrumentos agrícolas, plantas, semillas sementales, obras notables de agricultura y la concesión gratuita á las consultas que se dirijan á las *Oficinas facultativas de La Reforma Agrícola*, Serrano, 48, principal.—Madrid.

## BIBLIOTECA ARTÍSTICA

OBRAS PUBLICADAS

**Curso completo de declamación**, ó enciclopedia de los conocimientos que necesitan adquirir los que se dedican al arte escénico, por D. Antonio Guerra y Alarcón.—Un tomo en 4.º de 450 páginas.—Precio 7 pesetas.

Obra premiada con medalla de 1.ª clase en la Exposición Literario-artística de 1885.

**Músicos, poetas y actores**: colección de estudios crítico-biográficos de los músicos Salinas, Morales, Victoria, Eslava, Ledesma y Masarnau; de los poetas García Gutiérrez, Hartzenbuch y Ayala; de los actores Máiquez, Latorre y Romea, por D. Carlos Guaza y Gómez Talavera y D.º Antonio Guerra y Alarcón.—Un tomo en 4.º de 286 páginas.—Precio 5 pesetas.

Obra premiada con medalla de plata en la Exposición Literario-artística de 1885.

**Isaac Albeniz**: estudio crítico-biográfico de tan reputado pianista, por D. Antonio Guerra y Alarcón.—Un folleto en 8.º.—Precio 50 céntimos.

Estas obras se hallan de venta en las oficinas de la BIBLIOTECA ARTÍSTICA, Columela, núm. 4, bajo, derecha.

OBRAS EN PREPARACION

Indumentaria Teatral. | Estética de la Música.

Galería de Actores Españoles.

## DICCIONARIO

HISTÓRICO, BIOGRÁFICO, CRÍTICO Y BIBLIOGRÁFICO DE EXTREMEÑOS ILUSTRES

POR DON NICOLÁS DIAZ Y PEREZ

Única obra para estudiar la historia de todos los hombres célebres que ha dado Extremadura desde los tiempos de Roma hasta nuestros días. Saldrá á luz por cuadernos de 40 páginas en folio español á dos columnas, buen papel y esmerada impresión. Irá ilustrada la obra con retratos, esmeradamente ejecutados, de los extremeños más ilustres. El cuaderno que contenga lámina solo constará de 24 páginas de texto.

El precio de cada cuaderno en toda España será de 1 peseta. Los suscritores de provincias anticiparán con el primer cuaderno el valor de 5, para no tener interrupción en el recibo de los que vayan publicándose.

La obra constará de 60 á 70 cuadernos. En las cubiertas de los mismos se publicarán los nombres de todos los señores suscritores.

Se admiten suscripciones en casa de los Editores, Sres. Pérez y Boix, Madrid, Manzana, 21 y en las librerías de D. A. San Martín, Puerta del Sol 6 y Carretas 39; D. Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo 2, Murillo, Alcalá y D. Leocadio López, Carmen 13.